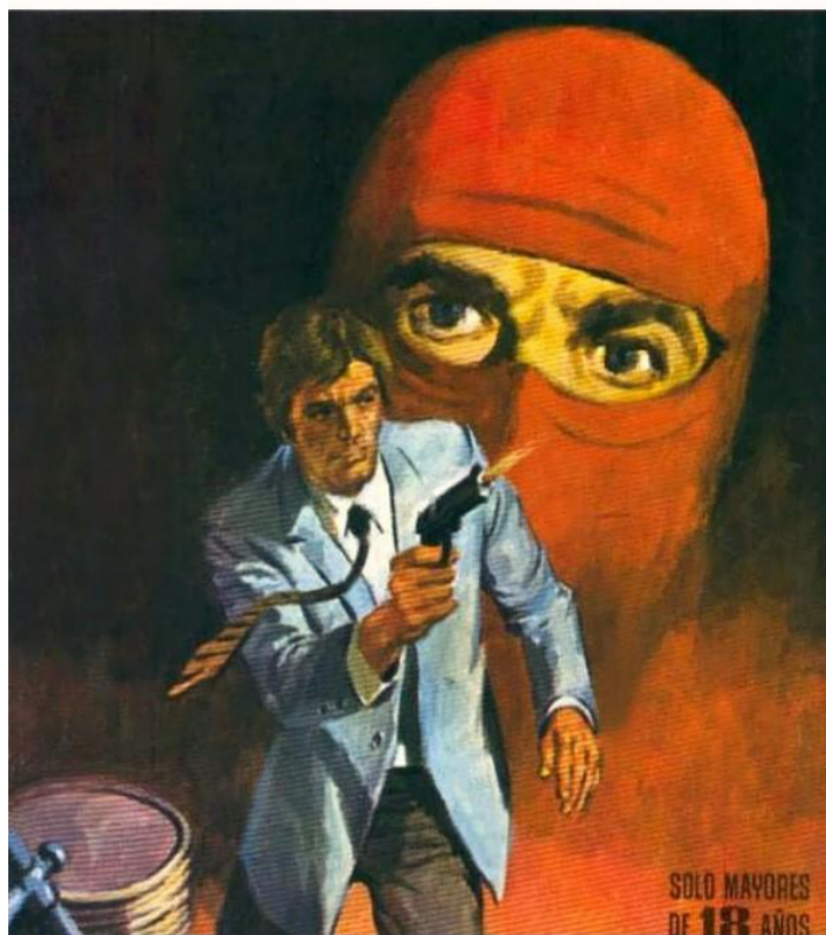


BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

ANÁLISIS DE SANGRE

Frank Caudett





PUNTO ROJO



FRANK CAUDET

ANALISIS DE SANGRE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.067
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 29.977 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: octubre, 1982

1ª edición en América: abril, 1983

© Frank Caudett- 1982

texto

© Martín - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1982

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO.

1.061 — Maite, la chica de la radio.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.665 — Un crimen en mi escalera.

En Colección CALIFORNIA:

1.290 — Lo que el viento nos dejó.

En Colección KANSAS:

1.227 — Justicia en Monterrey.

En Colección BUFALO:

788 — ¡Impasible!

En Colección COLORADO:

1.292 — El valle de los justos.

En Colección BRAVO OESTE:

503 — Plomo en la amistad.

En Colección SALVAJE TEXAS:

637 — Memorándum para un sheriff.

En Colección ASES DEL OESTE:

490 — Odio.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

502 — Se precisa un gun-man.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

536 — Gentil, pero con revólver.

PRÓLOGO

El sabía que aquello era importante.

Ella también.

Por eso, ambos estaban volcando en el asunto todo lo mejor de su saber.

Estaban concentrándose con la mayor atención.

Porque aquélla era una de las pocas cuestiones de la vida en que hombre y mujer se ponían de acuerdo rápidamente.

El, muy despacio, fijos en ella sus cálidos y desconcertantes ojos verdes, fue bajando el rostro con los labios entreabiertos en busca de aquellos otros, rojos, húmedos, carnosos y agrietados en sangre, que se abrían también bajo los suyos.

Ella, perezosa y lánguida como una gata en celo, estiró una de sus manos para apartar con sus dedos largos y sinuosos los bucles dorados que rielaban la frente masculina.

Después acarició, con pausa y deleite, con fruición diríase, la fornida y varonil naturaleza.

—Tienes un cuerpo hermoso. Todo tú eres hermoso. Y deseable, ¡canalla!

—Y tú, mi lujuriosa walkyria, apeteces a todas horas.

Ella se encendía por momentos.

—Bésame..., ¡bésame!

Hundió su boca en la de la hembra saboreando al máximo aquellos labios que se le rendían sin condiciones al tiempo que sus lenguas se entrelazaban y sus alientos se fundían.

Después:

—Tienes la virtud de volverme loca...

—Me halagas, muñeca. Tampoco lo haces mal, ¿sabes?

—Te deseo...

—O. K.

Los dedos de la mujer, como garfios ansiosos, se aferraron con

desesperación en los rubios y ondulados cabellos del hombre al tiempo que la naturaleza de éste, como desbocado alazán salvaje iniciaba una loca cabalgada en torno a la ardiente y desnuda anatomía femenina.

Las palabras se congelaban en el ambiente porque el lenguaje del amor gritaba con jadeos y suspiros, con el ansia de sus respiraciones fatigosas y entrecortadas, la grandeza sublime de los instantes maravillosos que ambos estaban reviviendo.

El trote alcanzó la álgida cota del éxtasis al producirse el clamoroso estallido de la pasión. Cedieron las arremetidas hasta quedar en breves espasmos epilépticos que precedieron a una total relajación.

Después:

—Ha sido fabuloso, *espía* —dijo ella.

—¿Espía? —dijo él—. No te entiendo...

La hembra de largos cabellos pelirrojos se desperezó con tranquilidad y con la expresión entre fría y calculadora de alguien que está satisfecho porque ha consumado con deleite algo que deseaba hacer... pero nada más.

—Sabemos que tienes dos pasaportes. Uno a tu nombre..., Seymour Lange, doctor en psiquiatría. Otro de nacionalidad portuguesa a nombre de Joao da Silva, supuesto experto en *marketing* que estudia los mercados internacionales de venta de pieles por cuenta de una supuesta firma de alta peletería.

—Os pasáis la vida suponiendo, ¿no te parece?

—En el mundo del espionaje, la mayor parte de las veces, todo son suposiciones y conjeturas. ¿Por qué dos pasaportes, hermoso?

—Ya lo sabes, linda. Para jugar a espía. Lo deseaba desde ni más tierna infancia. ¡Ah..., ser espía ha sido el sueño de mi vida! Pero pronto me habéis descubierto. ¡Oh, qué decepción! ¡Oh, fatal despertar de mis sueños! —Miró a la mujer entre burlón y suficiente. Prosiguiendo—: ¡Ah!, ya que andamos en confesiones, los dos pasaportes son falsos. Ni me llamo Seymour Lange ni tampoco Joao da Silva; ni soy psiquiatra ni tampoco experto en *marketing*. Te merecías la verdad, prenda. Aunque imagino que ya lo suponías, ¿no?

—¿Cómo te llamas, experto del amor?

—Experto del amor. Es un bonito nombre, ¿no crees?

Ella saltó de la cama, dando unos paseos por la estancia luciendo la exuberante desnudez de su cuerpo pletórico y altivo.

—¿Sabes que te van a matar?

El, fijas sus pupilas esmeralda en el suave vaivén de los firmes y túrgidos pechos femeninos, musitó con voz tenue:

—¿Por qué no lo haces tú?

—Los tuyos saben que has estado conmigo. No puedo complicarme en un asunto de éstos, compréndelo.

—¡Otra desilusión! Creí que era porque me amabas.

—¡Si tuviera que amar a todos los hombres con quienes he hecho el amor...!

—Admiro tu concepción plástica de la vida —repuso él.

—Satisfacer una necesidad no significa forzosa y definitiva entrega. ¿De veras no vas a decirme tu nombre, precioso?

El, despacio también, salió del lecho. En pie frente a ella, que caracoleaba en las inmediaciones del tocador, repuso:

—Sí..., ¿por qué no iba a decírtelo? Leif Wagner. ¿Por qué razón específica me vais a liquidar?

Encogió los desnudos hombros.

—Lo ignoro. En algo habrás metido la pata... digo yo. ¿De la CIA, no?

—Colaboro en lo que puedo. El asunto del espionaje, muñeca, yo lo tomo como un deber de ciudadanía. Todos somos un poquitín espías, ¿comprendes?

Ella tomó un pitillo de la cajetilla de rubio americano que descansaba sobre el tocador. Lo puso entre los carnosos y excitantes labios y:

—¿Me das fuego?

Alcanzó el mechero plateado de encima de la mesita de noche acercando la lumbre al extremo del cigarrillo.

—Por supuesto... Así que me van a matar, ¿eh? Echó una espiral de aromático humo al ámbito. —Más o menos. Y en el fondo me sabe mal, ¿sabes? Eres de los mejores que he conocido en la cama.

Una sonrisa fría, cínica, fluctuó por las facciones del hombre.

—Tu consideración me emociona. Y tu sistema de catalogar a los varones es un magnífico modelo de idealismo.

—¿De veras te llamas Leif Wagner?

—De veras. ¿Qué importa eso ahora... si me van a matar?

—Digo que me lo han preguntado para anotar los datos correctos en tu ficha.

—¡Ah...! —dijo él, ampliando la cáustica sonrisa—. ¿Es por eso? Entonces los completaré para que te ganes un ascenso. Leif Wagner, nacido en Big Spring, Texas, un 23 de setiembre de 1956. Procedo de una familia de clase media, antiguos coleccionistas, que me envió a graduarme a la Universidad de Berkeley, en California. Fui un excelente estudiante, obtuve brillantes notas..., sin necesidad de meterme en la cama de ninguna profesora. Pero mis aficiones por el espionaje me apartaron del mundo que para mí alguien había fabricado. Soltero sin compromiso y apasionado de las mujeres que hacen el amor como tú, Erika von Reader. ¿Satisfecha?

—No.

—¿Por...?

—Mi intuición me dice que has sido sincero.

—¿Entonces...? —preguntó él.

—Sé lo que eso significa —respondió ella.

En efecto, Erika von Reader tenía razón. El hecho de que una persona admitiese ante otra su militancia dentro del mundo del espionaje sólo tenía un claro y concreto significado: *que a renglón seguido iba a deshacerse de ella*. Por eso no le importaba decir la verdad.

Erika entró en movimiento como una exhalación tratando de abrir el primer cajón del tocador, donde guardaba una pequeña automática de terrible efectividad en distancias cortas.

La pierna derecha de Leif Wagner salió disparada hacia adelante y las puntas de los dedos de sus pies, duros como el granito, impactaron con fuerza demoledora contra la muñeca de ella, quien soltó un agudo grito de dolor.

—¡Aaaaaay!

—Lo siento, linda —dijo él fríamente.

Y no le dio opción a que, pese al dolor, insistiera en su afán de atrapar el arma porque la otra pierna se disparó al igual que la primera golpeando el terso vientre de la hembra que, cortada en seco la respiración, se fue hacia adelante.

—Sigo sintiéndolo —opinó él.

Y tras la frase, el canto de su diestra se estrelló, contundente, en la nuca de Erika von Reader, tan silenciosa como letalmente.

Ella, sin pronunciar un quejido esta vez, se desplomó de bruces sobre la alfombra quedando por completo inmóvil.

Muerta. Punto.

—Una pena, sí. Tú también eras de las mejores que yo había conocido en la cama.

Cuando venga por Alemania tendré que buscarme otra..., si vuelvo por aquí, claro.

Y comenzó a vestirse, tranquilamente. Sin prisas..., pero sin pausas, desde luego.

Bajó las escaleras silbando una vieja tonadilla bélica: *Lili Marlén*.

El portero, desde detrás del mostrador de recepción, le miró con atenta curiosidad, alzando los ojos del periódico en que parecía estar enfrascado. Preguntando:

—¿No baja la señorita con usted?

El le obsequió con una amplia y glacial sonrisa.

—No... La señorita está muerta.

—¡Eh...! —Tras la exclamación, cayó el periódico hacia delante dejando asomar el negro y sombrío cañón de una metralleta.

Leif Wagner ya usaba su automática con silenciador.

¡PLOC! ¡PLOC!

Dos matemáticos agujeros en la frente del que decía ser portero lo estrellaron contra la pared, sin vida. Con dos hilos de sangre como cuajados sobre su piel.

—No valéis para nada. ¡Así va el mundo!

Y salió a la calle.

Unos cincuenta metros por debajo de él un coche arrancó de súbito, ganando en pocos minutos gran velocidad.

Wagner se lanzó al suelo como un rayo, girando sobre sí, escapando a la lluvia de proyectiles que rabiosamente buscaban su naturaleza y, sin apenas opción a apuntar, le dio al gatillo.

Perforó alternativamente las ruedas traseras del vehículo y éste, perdida la dirección, fue a estrellarse contra el muro de un edificio tras invadir la acera como una mortal epidemia.

El impacto amenazó con tirar la casa al suelo. Después vino la explosión y en muy pocos instantes el automóvil se vio envuelto en llamas.

Wagner se había confundido ya entre los viandantes que contemplaban la escena sin saber cómo había sucedido, exactamente, todo aquello.

Algunas mujeres lanzaron los clásicos grititos femeninos de pánico.

Un hombre comentó:

—Tenemos el terrorismo hasta en la sopa.

Y otro:

—¡No se puede vivir así! Pronto no podremos ni salir de casa.

—¡No lo crea, señor! —exclamó Leif, golpeándole en un hombro

—. ¡Ni en casa se puede estar tranquilo ya!

Y corrió hacia la cercana parada del bus, musitando para sí:

—Tengo que largarme de este país. Se les ha metido en la «cebolla» liquidarme y no pararán hasta conseguirlo. Ese tipo tiene razón: ¡no se puede vivir así!

El autobús acababa de estacionarse en la parada. Leif Wagner subió a bordo y alzó la diestra en señal de saludo cuando cruzaron frente al coche incendiado.

A lo lejos se escuchó el dinámico sonar de la sirena de un vehículo policial.

Tres horas después, un caballero de mediana edad, blancos cabellos y facciones un tanto arrugadas, exhibía su pasaporte en el control de la policía alemana del aeropuerto de Berlín. En él se decía que el titular era periodista: corresponsal del *Chicago Sun*, que se llamaba Lionel Randall y que era de nacionalidad canadiense.

CAPÍTULO PRIMERO

—Si le digo una cosa seguro que no va a creerme, doctor.

Dick Morley, jefe de los servicios médicos del lugar, miró a su interlocutor con un atisbo de sorpresa. Enarcando las cejas, inquirió:

—¿Por qué no iba a creerle, mi general?

Foster Maxwell, hombre de recia constitución física, tórax poderoso y rostro sanguíneo —pregón al menos aparente de que debía disfrutar de una salud envidiable—, unos cincuenta y tres años de edad, general de división del ejército USA, director militar de aquella base en la que al parecer se «cocían» proyectos secretos, le sonrió al médico y dijo:

—Verá, doctor..., la gente tiene un concepto de nosotros, los militares, que muchas veces y erróneamente nos sitúan fuera o por encima de las normales características humanas. Suponen que somos insensibles al dolor físico, por ejemplo, e incluso al moral. Que el estricto cumplimiento del deber nos exime de esas pequeñeces humanas que, en conjunto, conforman el verdadero sentido de la vida. Y no es así, de veras.

—¿Qué trata de decirme, mi general?

—Nadie nos escucha, ¿verdad?

Dick Morley echó una significativa mirada en torno suyo.

—Por supuesto que no. Estamos solos.

El general Foster puso cara de circunstancias y con una expresión de confidencia, anunció:

—Estas revisiones médicas periódicas, rutinarias si usted quiere..., me aterrorizan. Y... —Pareció dudar unos segundos antes de añadir—: Y lo que verdaderamente me da pánico es la llegada de este momento, el del análisis de sangre.

—¡Mi general!

—¡Lo ve! —exclamó a su vez el militar—. A usted también le

extraña que yo...

—No, mi general, no me extraña. ¡Por Dios! ¿Cómo se lo diría yo...? Mire, general Maxwell, de cien personas, noventa se estremecen cuando la aguja hipodérmica «amenaza» con introducirse en la vena. Es algo instintivo. ¿Quiere que le ponga un ejemplo? La mayoría de las mujeres chillan cuando ven correr una rata. Los hombres no lo hacemos por un estricto sentido de la hombría que nos lo impide..., pero muchos nos estremecemos de repugnancia ante la presencia del nauseabundo roedor.

Foster Maxwell volvió a sonreír abiertamente.

—Doctor Morley, además de ser un excelente médico es usted un estupendo diplomático. ¡Con qué facilidad me ha convencido de que es normal!

—¡Y lo es, mi general, lo es!

—Pero... —Las facciones del militar se oscurecieron merced a una especie de pincelada vergonzosa—, es que hay algo más, doctor.

—¿Más...? No lo entiendo, general.

—La mayor parte de las veces, cuando me sacan sangre... ¡me mareo! Y tengo que aguantar de pie por aquello del qué dirán.

—Mire, mi general, todo eso obedece a la composición psicológica de lugar que usted mismo se «fabrica» cuando tiene que enfrentarse a una extracción sanguínea. También es corriente. El sistema nervioso central es un mecanismo muy complicado que estimulamos mediante impulsos cerebrales. Hay quien siente molestias que a su profano entender encajan en un cuadro cardiopático, de infarto más concretamente..., dolor en el brazo izquierdo, síntomas de asfixia, palpitaciones, presión en el tórax, y todo se debe a un espasmo nervioso que, como máximo, puede producir una taquicardia. Pero si esa persona se convence de que esas anomalías son precursoras de un infarto, puede acabar teniéndolo.

El general Maxwell que había escuchado con evidente asombro e interés las explicaciones del médico, inquirió, preocupado:

—¿De veras pueden hacer todo eso los nervios, doctor?

—Todo eso y más, mi general. El sistema neurovegetativo por estimulaciones negativas del propio individuo o por deficiencias en su funcionamiento puede ser la causa de todo tipo de trastornos y

afectar a cualquier parte del organismo humano, especialmente el cerebro. Pero... ¿por qué no olvidamos todo eso, mi general?

El militar se pasó el revés de una mano por la frente y tuvo la impresión de estar sudando.

—Sí, sí..., ¡mejor será dejarlo!

—Y esta vez no se va usted a marear por la extracción, ya lo verá.

—¿No? —Pareció sorprenderse el general—. ¿Cómo piensa evitarlo?

—Muy sencillo —repuso el médico—. Como estamos usted y yo solos, sin testigos imprudentes que puedan revelar su... debilidad, ¡lo digo en broma!, pasamos a la otra sala, se tiende usted en la camilla de reconocimiento y yo le efectúo la extracción con toda comodidad. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —suspiró, satisfecho.

Pasaron a la estancia adyacente a la consulta del doctor Morley instalada en el minihospital de la base y Foster Maxwell, después de despojarse de la chaquetilla, se tendió en la camilla al tiempo que arremangaba la manga izquierda de la camisa.

El médico le rodeó el brazo con una goma anudándola con rapidez. Comentando:

—Tiene usted buenas venas, mi general.

—Eso me han dicho otras veces, doctor.

Morley se acercó hasta una cubeta con alcohol que descansaba en una alacena de mármol regresando al instante con la jeringuilla y la hipodérmica a las que el general miró con verdadero terror.

Al tiempo que golpeaba suavemente la arteria elegida y cuando ya se disponía a introducir la aguja en aquélla, el médico inquirió, con evidente afán de distraer la atención de Foster del pinchazo que tanto parecía temer:

—Estuvo usted en Vietnam, ¿verdad?

—¿Eh...? ¡Oh, sí, estuve allí! Aunque sólo en plan de inspección. De visita, podríamos decir. No fue una experiencia positiva, desde luego.

La fina punta de la aguja rasgó la epidermis, sobrevino el pinchazo y penetró en la vena succionando, al aspirar el émbolo de la jeringuilla, el rojo líquido que por ella circulaba.

Los ojos de Foster Maxwell parecieron turbarse durante

fracciones de segundo, ofreciendo un primer y permanente plano del blanco de la retina.

—Tranquilo, mi general. Todo va perfecto.

El tórax se hinchó, como si le faltase el aire, al aspirarlo nerviosamente. Una contracción espasmódica comprimía las facciones del militar.

—Lo sé, doctor..., lo sé. Usted lo está haciendo de maravilla. Pero yo... ¡es que no puedo evitarlo!

—Procure relajarse. Ya estamos.

Segundos después, Maxwell respiró profundamente. Y dijo:

—Que por una tontería tenga uno que...

—No se preocupe más por eso, mi general. Puede ponerse la guerrera, ya he terminado.

—Gracias, doctor. ¡Ah!, y espero que no le cuente a nadie mi secreto.

—Sabe bien que no, señor. Y no se olvide de que mañana efectuaremos la revisión de rayos X. ¿A que eso no le preocupa tanto?

—No, desde luego. Gracias por todo, doctor.

—Hasta mañana, mi general.

Foster Maxwell abandonó el mini hospital y a bordo de su automóvil se trasladó a la zona de la base en donde se alzaban los *bungalows* residencia de generales y jefes.

Un beso apasionado de Stefanie le compensaría del «sufrimiento» padecido con el puñetero análisis de sangre.

Saltó a tierra velozmente respondiendo a la marcial salutación del soldado que se cruzaba en su trayecto. Empujando la puerta y procurando recomponer su aspecto, entró, campechano y sonriente, saludando:

—¡Hola, amorcito! ¿Dónde está mi pequeña y preciosa Stefanie?

—Su pequeña y preciosa Stefanie... *no está en casa, general.* Para ser exactos, *está muy lejos de casa.*

Maxwell giró en redondo. El tipo quedaba a su espalda empuñando una negra y pavonada automática provista de tubo silenciador.

—Ni lo piense, general. Un parpadeo innecesario y un militar americano menos, ¿queda claro?

Cuadró las mandíbulas hasta casi hacerlas crujir y procuró

dominarse.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está Stefanie? ¿Qué han hecho con ella y por qué?

El otro, un tipo joven que no alcanzaba los treinta, alto y delgado, de facciones angulosas y correctas que ahora, no obstante, reflejaban una expresión aviesa, le sonrió con frialdad despectiva. Y:

—Está muy acostumbrado a preguntar y sobre todo a que le respondan al instante, ¿no? Olvídelo, general. Y piense que se inicia para usted una especie de cura de humildad. Ya le he dicho que Stefanie está lejos...

—¿Dónde...? —Los nervios le agarrotaban y consumían a un tiempo—. No estoy muy hecho a pedir y menos a suplicar..., pero si es preciso se lo suplicaré. ¿Dónde está mi mujer?

—Lejos... —insistió el otro—, pero bien. Y seguirá estando bien, general, si usted *colabora*...

—¿Colaborar? ¿En qué...? ¿Con quién?

—Usted está muy enamorado de Stefanie, ¿verdad?

—¡Naturalmente que lo estoy! —exclamó Foster, con vehemencia.

—Y como es lógico desea verla pronto..., y *con vida*, ¿no?

—¡Por Dios, ya es suficiente! Dígame lo que debo hacer, dígame lo que pretenden de mí...

—Se lo he dicho —el de la pistola ensanchó su despótica sonrisa—, que *colabore*.

Foster Maxwell tragó saliva.

—¿Qué tengo que hacer?

—Empezamos a entendernos, general. Y perdone que no le ofrezca una copa..., pero es que no estoy en mi casa, ¿sabe? ¿Ha dicho que está dispuesto a colaborar, general?

Volvió a cuadrar las mandíbulas.

—Eso acabo de decir. Y espero que usted me diga..., *en qué debo colaborar*.

El otro, con evidente desprecio, estudió de pies a cabeza la figura de Foster Maxwell, comentando, mordaz e insultante, como si lo hiciera para sí:

—¡Hay que ver lo que puede el amor! Y sobre todo una mujer con un cuerpo como el de Stefanie Owens..., precioso cuerpo el de

Stefanie, sí. Lindos ojos los suyos, también. Me imagino que cuando se ha poseído una vez es imprescindible seguir poseyéndola para poder vivir. A mí, consuélase, me ocurriría lo mismo, desde luego. Por el amor y la carne de una hembra así... ¡qué sé yo lo que haría! En el fondo somos como niños, por ellas... ¡como niños, sí!

El pecho de Maxwell se henchía como si fuera a estallar por lo fatigoso de la respiración.

—Trata de poner mis nervios a prueba, ¿no?

—No. Porque entonces puede usted cometer una tontería y yo me veré obligado a clavarle un par de plomos en la frente. Y eso no entra en el programa, de veras. Me han dicho que si no es inevitablemente imprescindible *no debo matarle*.

—¿Por qué no va usted al grano?

—Sí, tiene razón. Y además, el tiempo apremia. Nosotros, general... —Miró al militar más desafiante y altivo que hasta entonces, casi provocador podría decirse—, estamos al corriente de lo que se cuece dentro de esta urbanización turística reservada para militares de alta graduación, físicos, investigadores, científicos, etc. Pero lo que no sabemos es aquello que es de su directa y exclusiva incumbencia..., *aquello que sólo usted sabe*. Y usted sabe el lugar exacto de Europa donde se van a instalar en un futuro inmediato dos bases de lanzamiento de misiles de largo alcance, ¿no?

Las facciones del militar se vieron cubiertas por una palidez casi cadavérica. Musitó:

—Supongo que no esperará que le diga eso.

—Por supuesto que no. No espero que lo diga..., *ahora*. Pero estoy seguro de que lo dirá cuando reciba en un sobre una de las preciosas orejitas de Stefanie, o en un paquete uno de sus cálidos y voluptuosos pechos...

—¡Cállese, maldito canalla! ¡Cállese o...!

—¿O qué, *mi* general?

La seguridad de estar dominando la situación y la confianza de que sus manifestaciones sobre Stefanie habían sembrado el pánico y el desconcierto en la mente de Maxwell, hicieron que el incómodo visitante se relajara un tanto abandonando en parte las estrictas precauciones observadas inicialmente.

Foster así lo entendió y su reacción fue drástica, fulminante.

Y más que producto de una estrategia calculada, tuyo su

motivación, precisamente, en el sentimiento de rabia y odio que había generado en su interior la forma en que aquel individuo se refería a su esposa.

Nadie hubiese imaginado que a su edad y con su envergadura, Maxwell pudiera producirse tan ágilmente como lo hizo. Planeó como un pájaro cayendo sobre su antagonista, sorprendiéndole del todo con su actitud inesperada y agresiva, atrapando la muñeca armada, forcejeando, erigiéndose de buen principio en vencedor merced a su superior cubicaje.

Rodaron por tierra tratando de intercambiar golpes decisivos con la mano que a ambos les quedaba libre. Pero el general prestaba mayor atención a la que tenía cerrada alrededor de la muñeca que empuñaba la pistola.

—¡Es usted un imbécil! Ha hecho lo peor...

—¡Te mataré, maldito hijo de perra! —farfulló Foster, haciendo un nuevo esfuerzo por conseguir que el rival soltase el arma.

—¿De veras? —inquirió el otro, en el preciso instante que clavaba una rodilla en el bajo vientre del militar—. ¡Toma!

—¡Aaaaag!

Pese al doloroso impacto, Foster Maxwell, cada vez más enfebrecido ante la temible incógnita de lo que podría estar sucediéndole a Stefanie, tiró con brusca violencia de la muñeca al tiempo que el otro la doblaba para escapar de la presa.

Sonó el inesperado taponazo.

¡PLOC!

El desconocido se envaró, contrayéndose todas sus articulaciones, al recibir el impacto en mitad de la garganta. Allí, ante la estupefacción de Maxwell, acababa de aparecer un negro y siniestro agujero, sanguinolento también, feo, chamuscado..., mortal.

El tipo cobró una repentina inmovilidad.

—¡Dios santo! —murmuró el general, congestionado el rostro, llevándose ambas manos a la cabeza—. ¡Lo he matado!

Y no es que en verdad le importase lo más mínimo la muerte de aquel canalla..., pero sí las repercusiones que podía tener en la persona de Stefanie. ¿Y si se vengaban en ella?

Además, muerto aquel tipo... ¿cómo se conectaría con los secuestradores de su mujer?

—¡Dios santo! —repitió, más confuso a cada segundo—. ¿Qué voy a hacer ahora? No tengo más remedio que informar a... ¿Y si asesinan a Stefanie? ¡Dios del cielo, ayúdame, ilumíname!

La puerta del *bungalow* se había abierto bruscamente. Y quien lo había hecho era evidente que gozaba de confianza para permitirse la libertad. Porque exclamó de buenas a primeras:

—¡Eh, Foster...! Supongo que esta noche, Stefanie y tú no faltaréis a la fiesta de disfraces que ha organizado la mujer del coronel... —Entonces se dio cuenta de la actitud torpe e inexpresiva de Maxwell, del tipo que estaba en tierra inmóvil, de la pistola, de que todo lo que sucedía allí dentro era anormal. Y estalló—: ¡Foster! ¡Pero...! ¿Qué pasa aquí? ¿Quién es ése...? Oye..., ¡pero si está muerto!

Maxwell lo miró con chispeantes ojos cargados de ira.

—¡Quieres callarte de una vez, estúpido de mierda! ¡Sí, sí, está muerto!

El otro, sin pronunciar más sílabas, se encaminó a la mesa rinconera sobre la que descansaba el teléfono y alzando el auricular, pidió:

—Póngame con el coronel Clayburgh del Servicio de Seguridad.

CAPÍTULO II

Jill Bergen, coordinador de los servicios internacionales de inteligencia de EE. UU. en Washington, se lo dijo con claridad. Por la cara, vamos.

Sin eufemismos ni rodeos.

—Nos estás creando muchos problemas últimamente, muchacho. Un muerto en el Líbano, otro y un «suicidio» en Tel Aviv, y ahora, para rematar la faena, esa massacre en Berlín. Los de la Central [1] están de ti hasta el gorro..., y me temo que razón no les falta.

¿Se puede saber qué te pasa?

El otro, en principio, no pareció inmutarse.

—Pensaba que lo del Líbano y Tel Aviv había quedado claro, Jill. En cuanto a lo de esta vez en Alemania, yo soy el primero que no lo entiende. Ya te he explicado que iban por mí y que ignoro el motivo. En principio, aparentemente, no existe causa ni razón. Pero tiene que haberla, desde luego.

Bergen, unos cuarenta y cinco de edad, muy alto, más que delgado casi esquelético, de facciones chupadas y mentones descaradamente pronunciados, miró con escrutadora fijeza, con censura, a su interlocutor.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? Mira, Leif, el panorama político internacional está cada día más confuso y complicado, lo sabes, ¿no? No podemos permitir que tú andes por el mundo liando más la madeja con tus ajustes personales. Hasta en la Casa Blanca se pronuncia tu nombre, y no con simpatía precisamente.

Ahora, Leif Wagner, pareció emerger de su indiferencia inicial.

Avanzó el tórax hacia la mesa ocupada por su contertulio y extendió sobre él, en plan fiscal, el índice de la diestra. Anunciando con metálica entonación:

—A ver si entiendes lo que voy a decirte, Richelieu de baratillo. Yo, Leif Wagner, me retiré hace tres años..., TRES. Me largué a

Baltimore estableciendo mi bufete de abogado. La cosa funcionaba, pues tenía buenos clientes y cosechaba éxitos a manta. Hasta que os presentasteis de nuevo vosotros para convencerme de que aquello no era lo mío, de que yo necesitaba acción, de que una vida tan monótona iba a ser mi sepultura. ¡Pues me largo de nuevo y en paz! Pero si alguno de vosotros asoma el morro por Baltimore, desenterraré el hacha de guerra y...

—¿Te has desahogado ya, muchacho?

—¡Bah! —Movió la mano como si tratase de apartar el aire.

—Así que no tienes idea de por qué iban por ti en Berlín, ¿eh?

—Te he dicho que no. Fue una acción muy confusa. Ella, horas antes, no tenía ni puta idea de que yo estuviera metido en asuntos de espionaje. Además, últimamente, yo no estaba vinculado a ninguna operación determinada, sino que me limitaba a cumplir misiones de mero trámite, transmisión de informes rutinarios, etc. Algo no encaja en todo esto. Tiene que existir una razón concreta que motivase la repentina decisión de suprimirse. Algo que yo pudiera hacer, pero que todavía no hubiese hecho..., por ejemplo.

—Exacto, Leif. *Algo que puedas hacer...* y eso mismo he pensado yo. ¿Quieres escuchar una grabación?

—Si te parece importante, quiero.

Jill Bergen puso en funcionamiento la grabadora que tenía encima de la mesa, en cuyo interior había una cassette que al instante comenzó a girar. Y:

—*¡Hola, amorcito! ¿Dónde está mi pequeña y preciosa Stefanie?*

—*Su pequeña y preciosa Stefanie... no está en casa, general. Para ser exactos, está muy lejos de casa.*

Leif Wagner, con expresión de asombro en algunos pasajes y con guiños muy significativos en otros, escuchó atentamente la grabación. Cuando Bergen puso fin a la misma, comentó el de rubios cabellos ondulados:

—¿Ya andamos otra vez en plan Watergate? ¡Sois la leche, vamos! Así que micrófonos ocultos en casa de los generales, ¿eh? Si Foster se enterara os fusila, desde luego.

—Te pasas, Leif.

—¡Ah... ya! Me paso. Los enanos de la Central controlan la vida y milagros de nuestros mandos militares y yo me paso, ¿eh? Tenéis

serrín en la cabeza, ¡palabra!

—Este sistema de control se montó para mayor seguridad de los miembros destinados en esa base. Ellos saben...

—¿Me tomas por idiota, Jill? ¿Quieres convencerme de que una persona, sea cual fuere su rango, otorga su anuencia para que unos señores estén grabando las tonterías que le dice a su mujer cuando hace el amor con ella? ¡Venga ya, leñe!

—¡Está bien, está bien, enterado! —admitió el otro, blandiendo la palma de ambas manos como si pretendiera frenar a Wagner—. No teníamos otra alternativa. Es un proyecto de gran envergadura el que allí se está ventilando, algo vital, trascendente..., que podría traer gravísimas repercusiones de saberse, de sospecharse tan siquiera. Muy pocas personas están en la cuestión. Hay muchos que trabajan allí y no saben con exactitud por qué. Era vital tenerlo todo controlado. ¿Tú qué prefieres una indiscreción en las ternezas que un caballero pronuncia antes de montar a su hembra..., o que estalle la Tercera Guerra Mundial?

—Si tan grave me lo planteas...

—Es grave, y ahora, ¡mucho más!

—Sí —aceptó Wagner. Razonando—: Me parece que estoy empezando a entender por qué me querían liquidar en Berlín. Stefanie Owens, con todos los respetos hacia el general Maxwell, significa algo muy importante en mi vida..., es parte importante de mi vida. Me amaba y yo a ella, aunque no le reprocho que optase por asegurar su futuro al lado de Foster. Y ha desaparecido de una base en la que, según tú, estaban tomadas todas las medidas de seguridad habidas y por haber, ¿no?

—Exacto —dijo Jill Bergen. Y reafirmó—: Estaban y ESTÁN. Pero, debemos empezar por admitir que lo de *secreta*, en parte, es relativo. Cuando varias personas saben de su existencia y ubicación, lo *secreto* ya no es tan *secreto*. Y además, el rapto o secuestro de Stefanie no se produjo desde dentro, sino desde fuera. Ella salió..., porque no sé si sabes que en una base, secreta o no, los funcionarios y sus familiares no están encadenados..., sino controlados. Pero entran y salen, ¿entiendes?

—Ella, entonces, salió por su propia voluntad.

—Es lo que pretendía decirte. Salió normalmente, con su coche, sobre las

12.30 p. m.

, sin que ninguno de los que estaban en el control notase la menor anomalía. Iba como siempre, tranquila y sonriente..., como si no pasara nada. De todas formas, debo admitir que este suceso ha puesto en evidencia nuestros sistemas de control y seguridad. ¡Ah! —suspiró el coordinador de los servicios de inteligencia—, pasando a otro aspecto del asunto, peor y más complicado, es que ahora hay quien no las tiene todas con respecto a la actitud que pueda adoptar Maxwell.

—¿Dónde tenéis a Foster?

—Sigue en la base. Se ha negado a trasladarse a Washington y tampoco se le ha querido presionar. Él piensa que si abandona el lugar, los secuestradores pueden sospechar cualquier maniobra y tomar represalias contra Stefanie. Está convencido de que si sigue en la base, tarde o temprano se pondrán en contacto con él. Pero ya te digo que los hay que no están muy tranquilos al respecto...

—Tenéis miedo, ¿eh? —ironizó el de las transparentes pupilas verdes.

—¡No es cosa de broma, Leif!

—Entiendo. ¿Dónde se encuentra la base?

—Al norte de Nuevo México, en una planicie situada entre cuatro picachos a unos 1879 metros de altitud, que forman parte de la cordillera que separa aquel estado del de Arizona. Es de reciente construcción y prácticamente desconocida para muchos de los que andan en todos estos jaleos de política, estrategia y espionaje. Por eso preocupa tanto. Una especie de paraíso terrenal, prefabricado en parte, donde se están llevando a cabo las experiencias y proyectos que han de culminar con la instalación en Europa de dos bases de lanzamiento de misiles de largo alcance.

—Y mientras, luchando por el desarme, ¿no?

—Forma parte del juego. El enemigo hace exactamente lo mismo.

—Y debo entender que Maxwell es uno de los pocos que saben el lugar concreto donde deberán ubicarse esas bases Y que se ha convertido en un verdadero peligro, en algo así como un volcán en ebullición, porque puede dar *explicaciones*, a cambio de la vida de Stefanie, ¿no?

—Así de sencillo —musitó Jill Bergen—, y así de complicado.

—¿Ya habéis pensado en la posibilidad de que Foster Maxwell sufra un infarto?

—¡Leif! —El rostro del coordinador en Washington de los servicios de inteligencia enrojeció al instante—. ¡Eso es un insulto!

—¿Debo refrescarte la memoria, Bergen? ¡No, me imagino que no hace falta! Tú conoces mejor que yo los *procedimientos* de la central. En fin... Yo, más que un insulto, mi susceptible amigo, diría que se trata de una realidad como un templo. Mira, Jill —dijo Wagner, sin levantar el tono pero con una inflexión decidida y autoritaria de su voz—, si te interesa que juegue a esto, yo quiero saber la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. ¿Me sigues? Os conozco demasiado como para confiar en vuestras intenciones. ¿Sí... o no?

—Por el momento —admitió, inclinando la cabeza—, nadie ha especulado con esa posibilidad. Tenemos la esperanza de poder recuperar a Stefanie y evitar...

—¡Ya! Y habéis pensado en mí para eso. ¿Quién mejor, no? Al fin y al cabo, Stefanie es el amor de mi vida. Y no tengo ningún secreto que ofrecer a cambio de su vida. ¿Cuántos accesos tiene esa base, Jill Bergen?

—¡Eres hiriente, cargante, mordaz y desconcertante! Te vas de una cosa a la otra aturdiendo los sentidos y anulando la posibilidad de que se te estrangule por lo que acabas de decir anteriormente. ¡Y hay quien asegura que vales, Leif!

—Y tú, ¿qué opinas? —inquirió, burlón.

—¡Mierda! Eso es lo que yo opino.

—Pues entiendo que no me favorece y además me perfuma de mala manera. ¿Qué decías de los accesos?

—Sólo uno, por carretera. El transporte se hace por aire con helicópteros del ejército, pero sin el menor distintivo. Algunos integrantes del personal, los que entran y salen con mayor frecuencia, se sirven de sus propios automóviles..., como en el caso de Stefanie. Los que salen al exterior más aisladamente utilizan el servicio de helicópteros procurando que sus entradas y salidas coincidan con la de algún transporte aéreo.

—¿Y el tipo que liquidó Maxwell? Ése... ¿por dónde entró?

—Ni idea, Leif. Si tuviera respuesta a esa incógnita, tú, seguramente, no estarías aquí conmigo ahora.

—Sigues halagándome, Jill. Impresiona ver lo bien que te caigo. Eso me hace suponer que has acudido a mí, bien porque te han impuesto mi nombre, o bien porque, en el fondo y pese a todo, piensas que soy de los mejores y el idóneo para este asunto. De todas formas, poco me importan tus razones —suspiró indiferente y cambiando de expresión, anunció—: Quiero ir allá y charlar con Foster. ¡Ah!, quiero también una lista con todas las personas que entraron y salieron de la base aquel día. Con las horas y con cualquier comentario relativo a su actitud, por intrascendente que parezca. ¿Quién está al mando de los servicios de seguridad?

—El coronel Humphrey Clayburgh. Leif...

—¿Sí...? —Enarcó las cejas.

—Esto es grave —dijo Bergen con entonación sentenciosa—. No más muertos, por favor. No más... de los necesarios.

—Te explicas que da gloria. ¿Mañana por la mañana?

—O. K. En avión hasta Albuquerque. Allí, a las tres de la tarde, un helicóptero te aguardará para trasladarte a la base.

—De acuerdo, Jill —se puso en pie—. ¿No me deseas suerte?

El otro sonrió como los conejos.

—¡Por supuesto... y por mi propio interés! ¡Claro que te la deseo!

—Te mantendré al corriente de mis progresos.

El coordinador de los servicios de inteligencia en Washington hizo un gesto, como de súplica, matizando:

—Con los menos muertos posibles, por favor.

Leif Wagner salió del despacho mascullando algo entre dientes. Algo así como:

—A cualquier imbécil lo hacen coordinador de cualquier cosa. ¡Así nos luce el pelo!

—¿Decías algo, Leif?

Giró sobre los talones con la hoja de la puerta ya entreabierta, y:

—¿Eh...? ¡Oh, nada, nada! A veces me digo cosas a mí mismo. Nada que tenga que ver contigo... —Y bajó la voz al mínimo para terminar—, ¡inepto! Sobrevino el portazo.

Tendido sobre la cama, en el dormitorio de la habitación que ocupaba en aquel hotel capitalino, Leif, con la mirada perdida en el techo como si buscara cualquier punto respuesta a las muchas preguntas que se entrecruzaban en su cerebro en confuso y

enigmático tropel, consumía un pitillo con aparente languidez.

Las volutas de humo se perdían en el aire como quizá cada uno de los pensamientos del muchacho.

Stefanie Owens..., lo más bonito y maravilloso que le había sucedido en toda su existencia.

Stefanie Owens..., con la que había pensado que un día cualquiera podía empezar de nuevo todo.

Stefanie Owens... ¿Por qué ella?

¿No habría resaltado más práctico secuestrar al propio Foster Maxwell y someterlo a tortura o al penthotal sódico?

Muy confuso, sí.

Y un tipo que entraba en la base, que tenía un solo acceso por carretera, supercontrolado en teoría, sin que nadie se enterase. Y una chica que salía, normal y sonriente, como si no pasara nada..., cuando realmente la estaban secuestrando.

Bueno, eso hasta cierto punto, tenía explicación: *«Haga usted todo cuanto le ordenamos... y a su marido no le sucederá nada. De lo contrario, mataremos al general Maxwell»*. Si las instrucciones habían llegado vía teléfono, la conversación hubiese quedado grabada. Y de haberle cursado las órdenes el fulano que posteriormente se había de enfrentar a Maxwell, tres cuartos de lo mismo. Y ninguna de las dos supuestas grabaciones aparecía por ningún lado.

Y el tipo que había resultado muerto en la lucha con el general, ¿qué? ¿Cómo demonios se había colado en la base?

—¡No! —exclamó para sí—. No hay nada claro. Esto es un auténtico *puzzle* con piezas sueltas que no encajan ni por casualidad. ¿Por dónde diablos he de empezar? Charla con Maxwell, lista de los qué entraron y salieron... y luego, ¿qué? Esa gente que juega al espionaje cada día que pasa perfecciona sus sistemas. ¡En fin...! ¿Por qué no me doy una vuelta por ahí y me relajo? ¡Sí, Leif, sí! Será lo mejor. A partir de mañana tendrás todas las horas del mundo para pensar en esto, sí.

Stefanie Owens...

Mañana. A partir de mañana, pensaría siempre en Stefanie. Hasta que la encontrase.

Ahora...

Ahora era tiempo de pensar en Abigail.

Y de pasarlo bien en compañía de Abigail.

Y de meterse en la cama con Abigail.

CAPÍTULO III

A lo peor no era el mejor sitio para relajarse.

Pero necesitaba ir al encuentro de Abigail, sí.

En...

Makabro's

Show.

A lo peor, no.

¡Vaya usted a saber!

Porque en eso de gustos, ya se sabe, ¿no?

La ubicación del local estaba en esa zona periférica que suelen, tener todas las capitales del mundo —algunas lo tienen en el mismo centro de la city, y entonces deja de ser periférico— y que en cada una recibe un nombre distinto; en las que son puerto de mar: barrio chino. Y en las que no lo son: barrio de mala nota, barrio de prostitutas, barrio del hampa..., y así, un largo etcétera.

En Washington D. C., por lo que se ve, no tenía nombre específico.

Pero todos esos detalles aleatorios no parecían preocupar demasiado a Leif Wagner que, muy a pesar suyo y muy en el fondo de su corazón y de su cerebro, seguía obsesionado con la imagen de Stefanie Owens.

Por eso, para intentar olvidarse momentáneamente, había puesto proa al

Makabro's

Show, sin importarle la condición del lugar ni del barrio en donde se alzaba.

Además, cuando pasaba por Washington, por fugaz que fuera la visita, nunca dejaba de cumplir aquel requisito: visitar

Makabro's

Show, tomar unas copas en compañía de Abigail y meterse en la

cama con Abigail.

Y eso que Abigail entre sábanas... ¡era mucha Abigail!

Abigail tenía de todo, como los grandes almacenes, y lo sabía entregar generosamente cuando su *partenaire* pagaba bien o, como en el caso de Leif, le caía muy bien.

Abigail había aprendido a vivir de su cuerpo —el hambre es un estimulante extraordinario de las buenas ideas... o de las malas— cuando contaba quince tiernos añitos. A esa edad ya tenía unos argumentos que eran demasiado.

Cuando pocos pasos le separaban de la entrada del local, Leif, sin una razón excesivamente lógica, pensó que nunca había sabido cuál era el apellido de Abigail. A lo peor, no tenía apellidos. ¿Y para qué? Una tía que estaba tan enorme como ella, ¿para qué puñetas necesitaba tener apellido? Teniendo lo otro...

—¡Bah! —exclamó casi en voz alta—. ¡Qué estupideces se me ocurren! Qué tendrá que ver el apellido.

Se encontraba frente a la puerta, que era en realidad un gran escaparate de cristal translúcido, sobre el cual, con caracteres negros, de rasgo tétrico y trémulo, habían pintado:

Makabro's

Show.

Palabra que aquello tenía todas las trazas de un decorado del año 40 para una película negra protagonizada por Humphrey Boghart y Lauren Bacall. El portero respondía también a las más puras esencias de lo que tenía que ser un hampón en aquella época.

Pero muy educado, eso sí.

—Buenas noches, señor.

—Hola.

—¿Viene solo, señor? Veo que sí. Entonces, si me permite que le...

—No se lo permito. Gracias. Mis diversiones las escojo yo.

—¡Ah! —exclamó el solícito guardián, un tanto cortado—. Perdona.

—Perdonado, caballero —ironizó el rubiales.

Tras la puerta, una especie de colonial rotonda, unos cortinajes de terciopelo morado, detrás de ellos el guardarropía y entre éste y la sala, más cortinas también violáceas.

Apartadas estas últimas...

Propio de tarados mentales, ¡palabra!

De pena, ¡más palabra!

Es curioso que en todas las etapas de la vida y momentos de la historia la humanidad se empecine en prejuizar a la juventud y darle, o imponerle, lo que los tradicionales creen que ha de gustarle. A eso le llamo yo inconformismo prefabricado o inadaptación dirigida.

Alguien me dijo una vez que sin los anarquistas, los radicales pasarían desapercibidos por el mundo. Será por eso...

Tengo muy claro que los movimientos juveniles de vanguardismo y disconformidad no son más que maniobras preparadas y estudiadas por los poderes lácticos que ponen en práctica algunos miembros de las nuevas generaciones —arrastrando solo a minorías—, cumpliendo consignas establecidas que la mayor parte de las veces van acompañadas de sustanciosas retribuciones en metálico.

Buena prueba de ello está en que no perduran, en que son efímeros. ¿Dónde están los

ye-yés

? Y los punk ya la están diñando también. Ahora han venido los pasotas —el pasotismo no es más que una torpe interpretación de la acracia, que cimenta su *boom* en incorporación de barbarismos al lenguaje y en una absurda postura negligente frente a la sociedad— a sustituir a aquéllos, pero, cuando ese movimiento no sea rentable o necesario y quienes lo han estructurado empiecen a pasar de los pasotas, ¡adiós pasotismo!

Pero de momento, y mientras durase la juerga, a los pasotas les habían preparado un lugar de reunión como

Makabro's

Show. Por lo visto, el lema de aquel reducto era que había que pasar de la muerte y lo mejor era familiarizarse con ella, vivir en un ambiente de muerte... y si no, lean y verán.

Allí no había mesas, ni sillas, ni nada de lo común y corriente en *pubs*, boites, *nightclubs*, etc. Lo único que se había pretendido conservar era la intimidad, porque, al parecer, los pasotas también gustaban meterse mano entre ellos —o la ninguna luz— que años haya había preconizado un tango arrabalero en voz del maestro Gardel.

No había mesas, no. Estaban sustituidas por auténticos tómulos mortuorios cubiertos con manteles —velos— muy negros. Y en función de sillas había... ¡ataúdes! Ataúdes en forma de «4», imitando, eso sí, a las sillas. Los rincones del local estaban cubiertos por auténticas mesas de mármol a lo Morgue genuina, con sus canalillos para que corriese por ellos la sangre cuando se practicaban las autopsias, y encima de ellas los camareros depositaban las bebidas que los pasotas de turno consumían con languidez, muy por encima de las ansias terrenales, acompañadas de algún que otro porro o del sobo intenso a la compañera que, en el mejor de los casos, aparecía medio despedotada.

Lo de los camareros era de juzgado de guardia. Vestían una especie de chilaba negra que se metían por la cabeza como si fuera un camisón, y sus facciones quedaban ocultas tras una máscara que en todos los casos representaba una calavera, espectral y descarnada, excelentemente conseguida.

Pero hay que aclarar el punto que no todo el personal que frecuentaba

Makabro's

Show pertenecía a la élite pasotista. Corría por allí, más o menos camuflado, algún director de banco, algún ejecutivo de importante firma, algún senador cachondo que adoptaba las precauciones habidas y por haber, para eso los camareros le facilitaban una máscara, algún famoso del cine o el teatro, etc. ¿Por qué? Sencillo: el lugar se mantenía principalmente no de la venta clandestina de yerba y porros, «chocolate» o sucedáneos, ni tampoco del siniestro exotismo de su decoración, sino de los dividendos que proporcionaba la plantilla de chicas de alterne para lo cual, la dirección de la sala se había hecho con los servicios de un material selecto, de auténticas bellezas, de verdaderas fuera de serie, en cuya compañía consumir una botella de *whisky* costaba 150 dólares; así como suena, así como ha leído. Requerir los servicios de aquellas hembras para menesteres más íntimos y agradables, más excitantes, alcanzaba unas cotas económicas de escándalo.

Incluso, últimamente, algunas chicas de muy buen ver y homologación oficial de decentes, acudían a

Makabro's

Show en busca de un ligue particular que luego exprimían

debidamente en un apartamento privado. Pero las de la casa «trabajaban» en los reservados. Y si el cliente no quedaba tranquilo, podía esperarlas a la salida.

Leif caminaba en la práctica oscuridad que envolvía el lugar, pero orientándose a la perfección. Hasta que un camarero le retuvo suavemente por el brazo, inquiriendo:

—¿Desea el señor un reservado?

—Me ha leído usted el pensamiento, amigo. Es mi más ferviente deseo.

—Y como sigo leyendo en su cerebro, estoy seguro de que su próximo deseo es compartir ese reservado en compañía de una mujer excepcional que se llama, por ejemplo... ¿Abigail?

—¡Amigo! Usted es una mina. ¿En qué facultad de psicología ha obtenido su licenciatura?

—En una facultad tan real como la vida misma, señor. La facultad del «Mundo». Como puede ver, señor, pese a la poca luz reinante, he leído en la frente que usted ansiaba consumir unos minutos, o puede que unas horas de su existencia, junto a un bombón de sexual licor que se llama Abigail.

El cliente metió la diestra en un bolsillo de su chaqueta y un billete de 25 pasó de aquél a la mano del camarero. Acompañado de este texto:

—No sé qué me impresiona más, Michel —dijo en voz queda—, si tus condiciones de actor o la granítica dureza de tu rostro.

—¡Por Dios, Leif, no me descubras! Cuando viene un cliente como tú provecho para impresionar a los demás. Si lo saben, ¡me hundes! ¿Cómo has tardado tanto esta vez?

—Con esta calavera sobre tu jeta, me produces escalofríos. Si la muerte es tan fea como tu máscara, de veras que me preocupa morir. ¿Crees que un hombre tan guapo como yo puede estar tan feo una vez muerto?

—¡Nunca pierdes el buen humor, Leif! Se nota que te van bien las cosas.

—¡Jo, macho, ahora sí que aciertas! —rió Wagner, burlón—. ¡Ja, ja! ¡Y se reía! Por poco me ponen tan feo como estás tú ahora, y dices... ¿Que por qué he tardado? He estado por ahí, por el mundo. ¡El trabajo, tío, el trabajo! Soy un auténtico esclavo.

—Pero te pagan bien. Y encima tienes la suerte de que Abigail te

lo dé todo gratis.

—¡El que nace bonito...! ¡Eh, no tan gratis! ¿Olvidas que me hace consumir esa maldita botella de 150 pavos?

—Para justificarse. No le queda otro remedio.

—¿Por qué no le dices que estoy aquí mientras yo me acomodo en el reservado número dos..., si está libre, claro?

—Podría decirte que lo guardaba para ti, pero no me creerías. Está libre. Voy por Abigail... ¡suerte!

El uno fue por Abigail y el otro al reservado.

Lo de los reservados era ya el colmo del ingenio —macabro, eso sí, pero ingenio al fin y a la postre—. Estaban cubiertos en sus cuartas partes por una tupida gasa negra —como esa que se ponen las viudas ricas en la cara para que nadie vea cómo se parten de risa una vez muerto el maromo— y tras ella, un cuadro oscuro como la muerte con un túmulo, ¡faltaría *plus*!, de medio metro de altura, y un solo ataúd, muy ancho eso sí, en forma de «4» también, donde la pareja debía consumir la botella de los 150 pavos si era *whisky*, 450 si era champaña francés en teoría, corriendo todo lo demás por cuenta propia.

Pero ahí no terminaba la cosa, no. Cuando los ocupantes estaban metiditos en el ataúd, entregados al frenesí del erotismo o a la guarrada (según gustos), el camarero de la calavera antes de acceder con el *whisky* o champaña (según gustos también), desde fuera oprimía un pulsador y dentro se encendía una luz roja: ¡PELIGRO! Ellos dejaban de hacer sabrosas porquerías, el camarero que había esperado un largo y discreto minuto entraba con la bebida, cobraba, y desaparecía por los restos. De ser requerido, una luz verde se encendía en la parte superior del velo negro por su parte exterior.

Más imaginación, ¡imposible!

Eso se dijo Leif mientras se *acomodaba* en el ataúd.

—¡Y pensar que estamos en plena era atómica! Una era en la que se lucha por la paz y el desarme montando rampas de lanzamiento para toda clase de ingenios que sirvan para destruir. Los rusos en Cuba, los americanos en Europa..., por eso han raptado a Stefanie, sí. ¡No me la quito de la cabeza ni con la impresión de este macabro contenido! ¿Por qué mierda se tuvo que casar con Foster Maxwell? Pues porque en el fondo y por mucho que amen,

las mujeres son prácticas..., sí. Buscan la seguridad, la tranquilidad, la comodidad y todo lo que acaba en «dad», y a veces procuran compartirlo con la aventura. Yo hubiese podido ser la aventura..., el tercer vértice del triángulo Stefanie, Foster, Leif..., pero al final, me salió honesta. Bueno, en el fondo, puede que la prefiera así. ¿Dónde la habrán llevado? ¡Ja! Para eso me ha «contratado» Jill, para que lo averigüe...

—Hace treinta segundos que te veo mover los labios. ¿Hablas solo, cariño? ¿Ensayas frases cálidas que vas a decirme? ¿Cuánto hace de la última vez, Leif? ¿Seis..., diez meses? Yo he perdido la cuenta.

Aquella voz pertenecía a Abigail sin apellido.

Y aquel cuerpo también.

Y aquellos pechos, y aquellas caderas, y aquellas piernas escultóricas de auténtica impresión, y aquel rostro exótico de facciones agresivas moteadas por graciosas y afrodisíacas pecas, y aquellos largos cabellos color oro...

—¡Abigail! Nunca te había visto tan...

Los senos, palpitantes, casi desbocaban el panorámico escote.

—... ¿Excitante?

—¿Lo sabes, eh, puñetera?

—Me lo dicen. Y a fuerza de oírlo... Además, si a estas alturas no sé cómo excitar a un hombre, mejor que me dedique a otra cosa, ¿no crees?

—Pensaba que yo era distinto a los demás.

Se inclinó —y entonces lo que tenía que desbordarse se desbordará— para besar ansiosamente los labios sensuales del hombre cuyos ojos verdes cobraban vida propia en las negruras tupidas del velador, del íntimo y estimulante reservado de mortal evocación.

Tras mordisquear, hambrienta, la boca masculina y tomar asiento junto a él en el ataúd, musitó:

—¿Y quién ha dicho que no lo seas? Tú sabes que eres distinto. Y por eso deseo excitarte de veras. Ahora deseo gozar y encontrar el placer y la satisfacción que me veo obligada a brindar día a día, noche tras noche. ¡Amame, Leif..., ámame!

—¿Por qué no lo dejas, Abigail?

—Supongo que después de tanto tiempo no vendrás en plan

moralista, ¿verdad?

—¡No! ¡Qué va! Vengo hambriento.

—¿De mí?

—¿De quién, si no? Cuando estoy lejos de ti me acuerdo de tus encantos y sueño con el momento de volver a gozarlos... ¿Forzosamente tenemos que estar aquí, Abigail? Tu apartamento es muchísimo más confortable e idóneo. Por mucho que intente superarlo, este ámbito siniestro, esta evocación continua de la muerte, me deprime.

—Pues los habituales de la casa se encuentran muy cómodos. Aquí, nadie ve a nadie, nadie sabe quién es quién, todos son iguales y todos son diferentes. No hay forma de demostrar, por ejemplo, que Leif está con Abigail y que el senador tal está con la señorita cual.

—A mí, personalmente, no me importa que se sepa que estoy con la preciosa Abigail.

Los traumas y los complejos quedaron atrás.

—Pero la evocación de la muerte si te traumatiza, por lo que veo, ¿no?

—Es posible..., sí. Y creo que se debe a una extraña asociación de ideas. De todas formas, si me molesta estar aquí contigo, más que el hecho de traumatizarme o no de la muerte, se debe a que tengo otro concepto de la intimidad.

Mientras hablaba, estaba acariciando suavemente los senos de la hembra y ella dejó huir por entre sus labios sensuales un prolongado suspiro de placer.

—Luego, Leif, en casa...

—¡Vámonos ya! ¿A qué esperas?

—Hay que consumir, o hacerlo ver, esa maldita botella de 150 dólares. ¿Llamo al camarero, amor mío?

Hazlo de una vez, muñeca..., ¡porque ardo!

—Lo noto, cielo, lo noto.

Encima del túmulo mortuario que servía de mesa se hallaba un pequeño recuadro del que emergía un pulsador. Era el que encendía la luz verde de fuera.

Abigail lo presionó, exclamando:

—¡Vaya...! Parece que está encallado —lo apretó por segunda vez—. ¡Ahora!

Leif, que no conseguía desterrar de su mente la imagen de Stefanie —quizá porque ahora, instintivamente y sin quererlo, su cerebro le jugaba la mala pasada de establecer las siempre odiosas comparaciones, poniendo de manifiesto la distancia abismal que separaba a Stefanie de Abigail, aunque, en el fondo, sin duda, eligiendo caminos distintos ambas buscaban lo mismo en la vida—, quiso volcarse en Abigail, acariciarla, autoexcitarse, concentrarse en aquel cuerpo exhaustivo de encantos tropicales y cálidos, de pechos ardientes cuyo néctar deseaba destilar en sus labios como la abeja perseguía el polen para luego ofrecer miel...

—¡Leif! ¿Qué te sucede hoy? Nunca te había visto tan... ¡Leif, por favor! Va a entrar el camarero.

—¡Ah, sí...! —dejó lo que estaba *haciendo*—. Toda compostura. No me acordaba de que tiene el verde.

Onduló la gasa color muerto para dejar pasar al hombre de máscara cadavérica que accedía portando una bandeja y en ella un par de vasos y una botella de *whisky*.

Lo dejó todo encima del túmulo y dijo, con tono impersonal:

—Son 150 dólares, señor.

Leif introdujo la diestra en el bolsillo interior de su chaqueta en busca de su cartera, naturalmente.

O no tan «naturalmente».

Que los hombres como Leif Wagner, que se dedicaban a lo que Leif Wagner se dedicaba vieran prolongada su longevidad sobre este planeta —que vivieran como los demás y hasta murieran de viejos como los demás, se quiere decir—, dependía mucho, amén de un intensivo entrenamiento y de unas condiciones físicas y psíquicas excepcionales, de un sobrehumano y agudo instinto de conservación, de unas dotes intuitivas fuera de lo normal, de un sentido estrictamente premonitorio que encendiera en sus cerebros, oportunamente, una lucecita de alerta roja con el consiguiente repiqueteo de una campanilla de alarma.

Eso había sucedido ahora.

Con el camarero.

Porque aquella voz impersonal, no era la de Michel.

No.

¿Y por qué no era la de Michel?

Eso estaba claro, muy claro, para Leif Wagner.

Quien, desde luego, no había tardado ni una décima parte en clarificar la situación, del tiempo dedicado en describirla.

El camarero, también era de los que tenían muy desarrollado el sentido premonitorio. Y comprendió, en fracciones de segundo también, que Leif había comprendido lo que él hubiera deseado que no comprendiera tan pronto.

Los dos maniobraron con centelleante rapidez.

Buscando cada uno intuir lo que haría el otro, para anticiparse.

Leif pensó que lo lógico era saltar a un lado y por eso no lo hizo.

Porque el supuesto camarero esperaba esa acción y enfiló su pistola hacia el lugar en que teóricamente debía encontrarme la cabeza de Wagner. Hacia la derecha... Y efectivamente, aquel receptáculo en forma de ataúd en cuyo interior se encontraba Leif y Abigail había oscilado hacia la derecha. Pero Wagner, tras el balanceo, se mantuvo firme, al tiempo que disparaba prácticamente desde dentro de la chaqueta, sin asomar por completo el cañón de su automática.

El primer disparo impactó en el pecho del que lucía una calavera sobre el rostro, haciéndole trastabillar.

—¡Maldición...! —Gruñó, consciente de que la herida era mortal, pero consciente también de que aún disponía de unos segundos.

Abigail había lanzado un grito estremecedor.

—¡Nooooo! ¡Nooooo!

Al darse cuenta de que el asesino y Leif habían quedado prácticamente uno frente al otro, tras el medio giro del primero. Ambos, por fuerza, tenían que hacer blanco.

—¡Me habéis engañado! —volvió a gritar—. ¡No quiero que...!

—¡Estúpida de mierda! Tenías que distraer...

Los dos gatillos fueron oprimidos casi al unísono.

Y dos distintas onomatopeyas representaron a los disparos en el silencioso y mortuorio ámbito de

Makabro's

Show, para escarceo de aquellos clientes que acudían allí en busca del placer conformado en la esfera de lo siniestro, las calaveras, el color negro y, sobre todo, el anonimato.

Para escarnio de los pasotas de conveniencia, sí.

Dos distintas onomatopeyas, también.

¡PLOC! La pistola del falso camarero, provista de silenciador.

¡BANG! El arma de Leif, que no esperaba que la muerte lo buscara de nuevo, precisamente en un lugar que la evocaba con cierto paganismo, estaba exenta del tubo que ahogaba la ferocidad externa del proyectil.

—¡No quiero que...! —insistió Abigail, ensayando una heroicidad poco común a las mujeres que hacían su clase de vida.

Una mala vida, si se quiere, pero que les gustaba vivirla.

A ella, por lo visto, NO. O quizá Leif nunca había pensado que aquella mujer, aquel objeto de placer, también pudiera amar y le amase a él.

Debía de ser así, porque se metió en medio.

Los dos balazos se estrellaron en el cuerpo de Abigail, en aquel cúmulo de excitantes curvas, en aquel compendio geométrico de entrantes y salientes que a menudo despertaban el deseo y la lascivia de los clientes del lugar que pagaban por usar y gozar de todo aquello que, ahora, tras cobrar por instantes una extraña rigidez, se contorsionaba epilépticamente iniciando los breves y dramáticos compases de una danza mortal.

Propia de

Makabro's

Show, claro.

Abigail sin apellido se estaba muriendo. Había caído ya, con notable estrépito, sobre el túmulo, derribando con ella vasos y botella.

—¡Maldita imbecil! —rugió el asesino, que con una bala en el tórax se resistía a largarse de este barrio—. ¡Ahora tú, hijo de perra!

Leif, esta vez sí, había salido flechado del interior del oscilante ataúd en «4», escorzando a la izquierda, disparando dos... tres veces consecutivas.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

El de la máscara recibió el triple saludo de lo que aquélla representaba. Nunca un hombre al morir tuvo que esforzarse tan poco en demostrar con su expresión externa la magna tragedia que lo envolvía.

La muerte cubría su semblante; la muerte invadía toda su persona.

Arrastró la gasa con él, violentamente, por la fuerza de los

impactos que lo habían catapultado fuera del reservado, brincando grotescamente en el centro de la siniestra sala, dando giros bruscos, tumbos espasmódicos, tirones hacia arriba, trompicones contra ataúdes y representando una escena mortal que sería recordada durante mucho tiempo en

Makabro's

Show.

—¡Aaaaaah! —gritó una nena, a la que manoseaba a modo un tipo que fumaba yerba, curada brutalmente del pasotismo al ver brincar frente a sus ojos la ensangrentada figura del supuesto camarero.

—¡Yo me largo de aquí! —bramó un ejecutivo al ver turbada su intimidad y al entender, eso era lo peor, que también podría ser turbada su identidad y perturbada su tranquilidad.

—¡No tardará en asomar el morro la bofia!

—Bonito lenguaje para un ejecutivo de los de tres teléfonos y tubo de Optalidón.

—¡Socorrooooo! —desesperaba una de las preciosas chicas de alterne sobre cuyo ataúd había caído finalmente el teórico ejecutor de Wagner—. ¡Que alguien me lo quite de encima!

A Leif tampoco le interesaba, por infinidad de razones, seguir allí. Abigail estaba muerta y lo sentía, pero...

Decidió aprovechar la histérica confusión que acababa de desatarse en el local. Sabía de una salida posterior porque en otras ocasiones, más afortunadas y tranquilas, la había utilizado con Abigail. Daba a un callejón poco transitado. Corrió hacia aquélla, tropezando con unos y otros, apartando cuerpos y escuchando gritos e imprecaciones.

Hasta que cerca de la salida se dio de narices con otro tipo encalaverado de los de pistola con silenciador.

—¡No tan aprisa, Wagner! ¡Éste es *tu final*! ¡Se acabó el correr por la vida! ¡Ahora, a viajar lentamente por la eternidad!

Muy filósofo el gatillero. No, si hasta los había con estudios. Y muy rápido en su oficio, ¡sí, señor!

¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC!

Aquel enigma llamado muerte buscó a Leif en forma de tricéfalo de plomo. Tres proyectiles rabiosos que habían nacido a escasos metros y que no podían errar su objetivo en modo alguno.

Un quiebro mental a la muerte era difícil, pero no imposible...

Se fue de bruces al suelo, fulminante, veloz, justo cuando el furioso aullido de los proyectiles restallaba implacable donde décimas de segundo antes se encontraba su cabeza.

Había escapado, sí. ¿O no? Más bien aplazado unos instantes la realidad. Porque estaba en tierra, decúbito prono, sin la menor opción a reaccionar de nuevo. Pero ofreciendo ahora un excelente blanco, un blanco que ni un ciego podía marrar.

¡Good bye, universo!

—¡Ha costado, Leif Wagner, pero vale la pena! —rugió el segundo asesino de la siniestra noche de

Makabro's

Show.

Leif trató de dar un giro y alzar el cañón de su arma. Inútil. El otro tenía todas las ventajas del mundo y más.

Por eso no pudo comprender que un certero y ahogado disparo, tras vivificador fogonazo que deslumbró sus ojos de ejecutor, se convirtiese en plomo, surcara el aire y atravesase limpiamente su garganta trasladándole de la evocadora muerte del lugar a la real mortandad de las legítimas tinieblas.

—¡Huye, huye..., deprisa! —gritó una voz femenina a espaldas de Wagner.

Y eso hizo, raudo, sin volverse a dar las gracias ni a preguntar quién y por qué. Cabía la posibilidad de que a los ángeles de la guarda se les hubiese otorgado permiso de armas.

¡De más verdes habían madurado!

Lo que fuera..., ¡pero estaba vivo!

Corriendo a la salida.

Se detuvo en ella, atisbando hacia la oscuridad del callejón. Contrastaba el silencio y la quietud allí reinante con el alborozo y la excitación que predominaban en el interior del local.

Era..., como otro mundo, sí.

Siguió oteando durante unos segundos.

Nada...

Nadie...

—¡Afuera, Leif!

CAPÍTULO IV

—¡Afuera, Leif!

Iba a echar a correr callejón arriba... pero seguían pintando bastos.

El as, concretamente.

¡Que iban a por él y punto!

Porque el tipo estaba allí.

Como si su madre lo acabase de parir en la oscuridad de la callejuela y para más inri, con casi cuarenta tacos.

Estaba allí, sí. Y le salió al paso como una centella.

Palabra que Leif no lo esperaba. Esta vez, no.

Le fallaron todos sus instintos y en especial el premonitorio.

El fulano lo tenía claro y no hizo más que soltarle una patada en el bajo vientre que dio con Wagner por tierra, encogido como un ovillo, retorciéndose con un aullido de dolor y con las manos apretadas contra la zona tan brutalmente castigada.

Mentalmente le dijo que su madre era una furcia. Pero no tuvo aliento para soltarlo también por la boca.

El otro, a lo suyo. Y era un sibarita..., ¡vaya! Por eso sacó una navaja italiana —mango con incrustaciones y todo— cuya hoja de acero chispeó, con destellos crueles, con designios siniestros, al recibir el impacto de algún rayo de luna.

Además de sibarita, profesional..., ¿vale?

Porque no quería correr riesgos.

Y por eso, precisamente, tal como estaba Leif, retorciéndose todavía, le pegó esta vez un enorme punterazo en la nuca que, por sí solo, hubiera bastado para dejar tieso a otro de menos entidad que Wagner. De todas formas, el trallazo resultó demoledor.

Leif tuvo la impresión de que una bomba había estallado dentro de su cabeza. Los párpados le pesaban como dos losas marmóreas, la razón huía de su mente siendo sustituida por millones de puntitos

luminosos que le dedicaban guiños grotescos..., guiños mortales. Todo giraba a su alrededor como una noria alucinante cuando sintió que se deslizaba por un tobogán trágico sembrado de tinieblas.

Tuvo una última percepción real: la de la jeta del fulano sonriendo con amarillentos dientes a dos dedos escasos de su rostro, al tiempo que acercaba, lentamente, con morbosidad infinita, la chispeante hoja de acero.

—Te voy a rebanar el gaznate con toda limpieza, muchacho.

La hoja se fue hacia atrás y vino de nuevo adelante con velocidad de vértigo. Sobre la garganta de Wagner, sí.

—¡JA. JA, JA, JA, JA...!

Justo en aquel instante brillaron las luces cegadoras de los faros de un automóvil cuyo conductor mantenía el alumbrado de carretera. El coche, silencioso hasta entonces, dejó rugir el motor como consecuencia de un acelerón.

—¡Eh...! —exclamó el asesino, interrumpiendo su macabra tarea cuando apenas un centímetro separaba el acero de la yugular de Leif—. ¿Qué diablos es eso?

Y se revolvió.

En el momento que el vehículo aumentaba todavía más la velocidad.

—¡NOOOOOOOO!

El morro del coche arrastró literalmente el cuerpo del individuo ahogando el grito espeluznante que brotaba de su garganta, elevándolo del suelo con violencia estremecedora, obligándole a trazar extrañas cabriolas en el aire..., embistiéndole por segunda y definitiva vez para acabar estrellándolo contra el muro de un cercano edificio donde impactó con chasquido estremecedor.

El de la navaja acabó en tierra. Inmóvil. Muerto.

Chirrido de frenos al detenerse el coche bruscamente y maniobrar su conductor con habilidad en el cambio, entrando la marcha atrás y regresando al lugar donde Leif seguía en el suelo, medio inconsciente. —¡Sube! ¡Rápido!— exclamó.

Era la misma voz que oyera segundos antes cerca de la salida trasera del

Makabro's

Show.

Pero la cabeza de Wagner estaba demasiado espesa como para

asociar ideas o identificar voces. Todo seguía dándole vueltas y no tenía una noción muy concreta de lo que estaba sucediendo.

La puerta del automóvil estaba abierta. Y la mujer, nerviosa, insistía:

—¡Vamos..., arriba! ¡Entra!

Funcionó, al menos, el instinto de conservación. Con dificultad se incorporó, vacilante como un ebrio, golpeándose contra la portezuela en el momento de penetrar.

Arrancó veloz y Leif se vio proyectado hacia atrás incrustándose literalmente en el asiento. El mundo, ¡mierda de mundo!, seguía dando vertiginosas vueltas a su alrededor.

Tuvo la impresión de que más que viajar en un coche lo estaba haciendo en un Boeing. Las calles y sus luces surgieron ante sus ojos a través del cristal del parabrisas como monstruos de leyenda. Sintió profundas arcadas y ganas de vomitar. Hasta que su cabeza, lo mismo que la de un monigote, se vino abajo.

—¿Te sientes mejor?

Ella tenía un bonito apartamento.

Y unas preciosas piernas.

Porque la camisa que se había puesto —de talla y corte masculino— quedaba hasta la mitad del muslamen y descubría el resto. Era de suponer que debajo sólo quedaban unas suaves, deliciosas, transparentes e incitantes braguitas.

Leif no tenía el ánimo para pensar en frivolidades.

Sobre todo con la cabeza inclinada contra el pecho y una bolsa de hielo en el cogote.

—Ridículo... —murmuró—, me siento.

—Olvídalo. Pasa en las mejores familias.

—¿Cómo te llamas, buena samaritana?

Era morena y llevaba el cabello muy cortito, a lo chico que se le llamó en otra época —a lo *garçon*, en francés—, lo cual favorecía el corte de su óvalo moreno donde los enormes ojos azabache y los labios carnosos, sensuales, destacaban con luz propia. El cuerpo, de líneas muy armoniosas y en él, pese a lo holgado de la camisa y la carencia de sujetador, se evidenciaba la rigidez esbelta de sus pechos altivos y excitantes.

Pero Leif —tontorrón que estaba él— seguía sin captar todo lo

apetitoso y sabroso que aquella hembra almacenaba en su exhaustiva anatomía.

—Ira...

—¡Bendita sea tu... Ira! ¿Por qué te has metido en este fregado?

Ella, indolente, se había dejado caer encima de una butaca. Sus piernas, ahora, negligentemente cruzadas, descubrían el inicio de unas suaves braguitas negras. Sus muslos eran toda una incitación al pecado. Con ella se podía pecar de todo... menos de omisión.

Leif, a lo peor, no se enteraba de qué iba la cosa.

—Me ha parecido que tenías problemas.

—¿Y vas por el mundo ayudando a todos los que tienen problemas, incluso a riesgo de tu propia vida?

—Soy rebelde porque el mundo me ha hecho así. En serio —razonó—, si pensáramos en las consecuencias de nuestros actos, valdría más no salir de casa.

—Ambiguo —dijo él. Y se quitó la bolsa de hielo, dejándola sobre la mesa ratona. Miró a Ira. Miró las piernas de Ira. Y... ¡por fin!, miró las bragas de Ira. Y le dijo a Ira—: Me cautivan tus bragas negras, preciosa. ¡Ah!, y llevas pistola para solucionar los problemas de los demás, ¿eh? Tus bragas me excitan, prenda.

—A ti te ha ido bien que llevase... pistola. Bragas... no sé si te va bien o mal que las lleve.

—Bien. Así tengo opción a quitártelas. ¿Qué hacías en Makabro's Show?

—Buscándome la vida.

—¡Ya! —exclamó, cáustico—. Y te buscas la vida con una pistola encima. Más que cautivarme, tus braguitas me ponen ardiendo.

—Una ducha siempre favorece en estos casos. De todas formas, si te van a crear trauma, me las quito, ¿eh? ¿Decías? —También ella estaba en plan de cachondeo—. ¡Ah, sí, la pistola! Me ha sido útil en alguna ocasión.

—No te las quites, reina. Es placer de dioses reservado a hombres como yo. ¡Oye! ¿Por qué no trabajas como dependienta en unos grandes almacenes..., pongo por ejemplo?

—¿Te vas a erigir en juez de mi existencia?

—Sólo de tus bragas. De todas formas, me gustaría saber más...

¡Me niego a admitir que una chica como tú, con esos ojos...!

—Y con esas bragas —siguió burlándose y dándole «marcha» ella. Dijo, ahora sería—. No entiendes que una chica como yo vaya buscando con quién compartir las sábanas por unos dólares. Querías que llegara virgen al matrimonio, ¿no es así?

—Mejor eso que te llamen puta, ¿no?

—La cosa, muchacho, no es exactamente así. Soy escritora.

—¿Escritora? —se asombró—. ¡No me digas! Pues..., tienes una manera muy original de escribir, ¿no crees?

—Sin ironías, enterado de la vida —largó Ira con acento acre. Puntualizando—. Eres muy aventurado en tus juicios, ¿eh? —Y sin darle opción a intervenir, siguió—. Todavía no me han publicado nada.

—Llévale un original a tu editor, así, en braguitas, ¡y verás cómo te lo publica! ¿A que no habías pensado en eso?

Ira hizo como si no lo oyese y siguió:

—Lo mío es duro. Si escribes, desafías a la subsistencia, máximo cuando no puedes vivir de lo que le sacas a la azotea. Y cada día la necesidad de seguir dándole a la pluma se convierte en una droga..., y el verlo en letra impresa una obsesión a la que nada ni nadie en el mundo te pueden hacer remunerar. Pero hay que comer.

—Medio entiendo —apuntó Leif.

—Para comer hace falta dinero. Y en los lugares como Makabro's

se dan cita tipos discretos que buscan emociones, normalmente emociones que no encuentran en su matrimonio. Son discretos, amables y educados.

—¡Ya! Lo que yo digo hacer el amor a nivel universitario.

—Eres vulgar.

—Lo admito.

—Podría preguntarte a santo de qué has armado ese cacao, ¿no crees?

—Si quieres cambiar de tercio, pregunta lo que quieras —y sin abandonar su cáustica entonación, dijo—. Tú lo has visto, ¿no? Unos fulanos a los que no les he caído bien querían barrerme... ¡Ah! ¿Sabes que has cometido dos homicidios?

—Sí —desperezó más sus piernas de escándalo.

—¿Y te quedas así de ancha?

—¿Vas a contárselo tú a la policía?

Makabro's

es el paraíso de la oscuridad, por ello, no hay ni un testigo que pueda acusarme de nada. Tranquilos...

—Parece que lo sucedido esta noche entra en el cuadro de lo lógico, ¿eh?

—Tampoco es tan ilógico, muchachito —sonrió ella, desprezándose, con lo cual la camisa subió muchos enteros y su desnudez muchos más todavía. Inquiriendo—. ¿Aún no has terminado el interrogatorio?

Leif Wagner, reaccionó. ¡Ya era hora, chaval! Saliendo de su asiento para ir junto a ella. Su cabeza aún no estaba segura del todo, pero si el esqueleto empezaba a pedirle juerga...

Se arrodilló sobre la alfombra y sus manos se apoyaron en los muslos suaves, cálidos, de Ira.

—Estás que te caes de buena. Y en plan fino, ¡estás divina, criatura!

—Me lo habías dicho ya, muchacho.

—No me llamo muchacho, sino Leif —y acarició la pierna con lentitud.

—Te equivocas, marinero.

—Leif...

—Te equivocas, Leif. Mi ayuda hacia ti no va más lejos de lo hecho.

—Me has salvado la vida, buena samaritana. Déjame comprobar que vale la pena vivirla.

—Para eso no hace falta que me acueste contigo. Además, te veo espeso...

—Eso se me quita ya, divina —y sus dedos jugueteaban con los bordes de la prenda breve y negra.

—Te pasas, Leif.

¡No es mi noche! Había pensado... la miró, suplicantes las pupilas.

—Tienes unos incitantes ojos verdes..., unos persuasivos ojos verdes, diría yo. Empiezo a entender que eres peligroso, Leif.

—¿Cómo cuánto de peligroso, bonita de cara y de todo?

Inclinó ella la cabeza, de súbito, para besar largamente la boca de él.

—Muchísimo —jadeó después.

Los dedos de Wagner habían alcanzado la parte superior de la prenda y tiraban de ella hacia abajo, con lentitud. Ira murmuró:

—Eres perseverante...

—Tanto como peligroso.

La hembra alzó los glúteos para permitir que él la librase de la prenda.

—Son unas bonitas bragas, sí —murmuró Leif, mirándolas y haciéndolas girar entre sus dedos.

Ira resbaló de la butaca cayendo sobre él.

Ya se pueden imaginar de lo que es capaz una mujer sin bragas y un muchacho como Leif, ¿no?

Ella se había quedado dormida.

Despernada, pero graciosa.

En otra, la pose hubiera sido grosera, en ella tenía matices hasta elegantes.

—No podía imaginarme que una noche que había empezado fatal... —se dijo Leif a sí mismo, en pie, dando vueltas por la estancia.

Curioseaba. Registraba mejor dicho. Rápido y eficaz registro, como correspondía.

Muchas cosas no estaban claras. Ira lo hacía todo demasiado bien.

Volvió su mirada sobre el desnudo cuerpo. Le dijo como si le oyera:

—Así que escritora, ¿eh? Que va por los clubs de noche con pistola en el bolso dispuesta a hacer favores. Te hubieras podido preparar un rollo más convincente. Tú me lo has colocado bien, sí. Con aires de mujer liberada, como la que está de vuelta de todo... Pero aquí, prenda, soy yo el que está de vuelta —elevando el tono de voz y sacudiendo con suavidad la desnuda y cálida figura femenina, exclamó—: ¡Ira...! ¡Ira...!

Parpadeó asombrada.

Más que eso, desconcertada.

Con la expresión de quién se enfrentaba a la realidad de un mundo desagradable, cruel, al regreso de un lugar de espléndidas vivencias.

—¡Eh...! ¿Qué ocurre, Leif?

—Dime la verdad, prenda. Y te haré el amor otra vez.

Ahora sí. Ahora parpadeó con genuino asombro. O con bien fingido asombro.

—¿Qué verdad?

—Tú eres una chica lista, ¿cierto, escritora?

—Por eso me tengo.

Entonces y antes de que decida partirte esa deliciosa boquita que he besado con fruición y frenesí..., quiero las cartas boca arriba.

—¿Siempre reaccionas así, después de hacer el amor?

—Más o menos, linda. Me pasa como al doctor Jeckill. El se transformaba en mister Hyde tras beber la pócima, yo, después del orgasmo. Los tiempos cambian, ¿entiendes? Renovarse o morir. Así que buscando hombres educados con pistola y todo, y dispuesta a liarle a tiros a las primeras de cambio..., por deporte. Ira, ¿tengo cara de idiota? Si crees que no, al grano...

Se relajó, suspiró profundamente, alzó un poco la sábana para cubrir sus pechos desnudos. Y:

—Les dije que me parecía absurdo. Concretamente a Jill Bergen. Estoy tras tus pasos desde que saliste de su despacho.

—¿Misión específica?

—¡No te lo vas a creer!

—A lo mejor sí, prenda. Soy de lo más crédulo que corre por el mundo.

—Para sacarte las castañas del fuego, como ya he hecho, y para desconectarte de cualquier problema policial..., como también he hecho.

—¡Y yo que suponía que los muertos no dejaban dormir a Bergen!

—Y no le dejarán si los llegan a vincular contigo. Por lo visto quieren que tengas las manos libres para terminar lo que has empezado. ¡Que debe ser la tira de importante!

—Se supone que sí, rica.

—Y por eso te quieren liquidar, ¿no?

Leif tomó asiento al borde del lecho para retirar la sábana y bajar la cabeza hasta que sus labios entraron en contacto con la piel tersa del vientre de Ira, con sus pechos...

—Deliciosa, sí. ¿Decías? ¡Ah, sí! Imagino que por eso.

—¿Quién?

Wagner dejó de besarla para preguntarle a su vez:

—Eres nueva en *esto*, ¿verdad?

—¡Ahá!

—Se nota, pequeña. El mundo del espionaje es distinto a los demás mundos. Nada es lógico y a veces, a fuerza de ser todo muy lógico, acaba siendo tremendamente ilógico.

No lo entiendes, lo sé.

—No, desde luego. Pero me gusta oírte.

—El porqué de las cosas, tarde o temprano, cobra verosimilitud. Quieren ventilararme para evitar que efectúe investigaciones acerca de un secuestro, ya que, al parecer, puedo jorobarle la marrana a alguien. Suponen, por lo visto, que llegaré a la verdad antes que cualquier otro. ¿*Quién*? Eso es harina de otro costal. Entra de lleno en el terreno de esa logística ilógica. Un fulano está a punto de acabar contigo pero lo reduces, los pisoteas, lo interrogas..., y nada; lo hundes a leñazos o lo torturas y no despega los labios; como máximo te dice que está cumpliendo órdenes, que le han pagado por ese «trabajo» pero que no sabe *quién*. La mayor parte de las veces está diciendo la verdad pero, aunque sepa *quién*, se lo traga.

—¿Por...?

—¿Tú dirías, en un momento determinado, para quién trabajas?

No me he planteado la cuestión. Llevo poco tiempo como has dicho y no será fácil que me asignen misiones trascendentales por el momento. No sé cómo reaccionaría, aunque reconozco que me han preparado para saber callar.

—No es suficiente. A nadie se le puede programar para que mantenga los labios indefinidamente sellados.

—Entonces, ¿por qué esa obstinación en callar?

—El verdadero profesional es del todo consciente de que si te dice el *quién*, lo matarás; y si le dejas vivo, lo matarán los suyos. Es una auténtica encrucijada. ¡No sabes dónde te has metido, pequeña!

—Parece que te esperaban en

Makabro's

, ¿eh? —Hizo como que ignoraba la última exclamación de Leif.

—No parece..., *me esperaban*. Y para que veas cuánto hay de cierto en la complejidad de este mundo, tú, que estás con los míos, has tenido que seguirme para saber adónde iba; *ellos*, los mandados del *quién*, sin embargo, sabían que cuando vengo por Washington,

desde *in illo tempore*, me doy una vuelta por

Makabro's

show. Ellos tenían la certeza de que por muchas que fueran mis preocupaciones acudiría junto a Abigail.

—Ella, Abigail, te había... digamos «vendido».

—¡Qué va! —exclamó Wagner, haciendo un significativo ademán. Matizando—: Le gustaba mucho el dinero, eso sí, lo cual se entiende fácil en una mujer que vive como vivía Abigail. Y le habían ofrecido «tela» larga sabe Dios con qué argumentos..., sólo tenía que advertirles de mi presencia y oprimir dos veces un pulsador que enciende la luz verde fuera del reservado. Abigail no intuyó ni remotamente la verdad. Y cuando tarde, se ha dado cuenta del alcance de su acción, me ha sido leal. Creo honradamente que no me lo merecía. Nadie se merece que nadie muera por nadie. Complicado pero cierto. ¿Hubieses hecho tú lo que Abigail?

Ira estiró sus brazos para atrapar el rostro de Leif y besar su boca.

—Me planteas una incógnita difícil de responder a tan corto plazo. Si te amase, sí...

—A mi lado no te faltarán oportunidades de..., amarme y de jugarte la vida por un servidor. Insisto en que no sabes dónde te has metido.

La respuesta, tras un nuevo y prolongado beso que fundió sus alientos, sonó veraz y firme:

—Ahora, Leif, lo sé mejor que nunca.

—No me has dicho tu apellido, braguitas negras.

—Galloway, ojitos turbadores.

—Bien, Ira Galloway, bien. Supongo que Bergen te ha dicho que no me dejes ni a sol ni a sombra, ¿verdad?

—*Okay*.

—Lo más práctico, pues, será que me espíes y protejas abiertamente...

—Porque así me podrás quitar las braguitas abiertamente, ¿no?

—¡Consecuente y erótico razonamiento! Eso de que las mujeres tengáis libertad para poder decirle al hombre... ¡quítame las bragas!, es terrible.

—¿Prefieres la mojigatería?

—¡Jamás, linda, jamás! Y hablando del trabajo, ¿supongo que sabes dónde vamos mañana..., hoy mejor dicho?

—*Please*, Leif. ¿Olvidas que soy toda una espía? A Albuquerque. Ya tengo el pasaje Allí, un helicóptero te ha de trasladar a no sé dónde. Yo debo esperar tu regreso en Albuquerque.

—¿Confiaba Jill en que llegado el momento me tragase yo tu rollo?

—La verdad..., no. Me ha dicho que si las cosas se ponían mal te lo dijera. ¡Ah!, añadiendo que *estoy muy buena* y que tú no ibas a enfadarte por esto..., sobre todo si conseguías llevarme a la cama. Los hechos, pues, han confirmado largamente las previsiones.

—¿Sólo por ese hecho has dejado que...?

Soltó ella una vibrante carcajada.

—¡No, rubio de verdes ojos embaucadores! A mi cama has venido porque yo lo deseaba más que nada en el mundo.

—Me halagas... —comenzó a recorrer con sus labios, vorazmente, la cálida y desnuda anatomía.

—Leif. Leif... ¡LEIF!

—Tenemos tiempo, linda. A lo peor, en Albuquerque, los asesinos *de quién* afinan la puntería y ya no...

—¡Calla, calla, por favor! ¡Ni lo pienses! Leif... ¡ah, Leif! Sigue... ¡Leif! Así, así... Tenían tiempo.

CAPÍTULO V

—Bueno, veo que no han podido impedirlo —comentó Leif con los Labios pegados al oído de Ira, con sólo poner los pies en el aeropuerto de Albuquerque.

Y como la tenía tan cerca, le mordió la orejita. El sabroso lóbulo.

—¡Bruto! —se quejó ella. Diciendo a continuación—: No sé a qué te refieres.

—Está claro que el principal objetivo por el que *quien* mandaba a sus esbirros que me liquidaran, que lo intentasen para ser más exactos, era para evitar no ya que trabajase en este asunto sino que tan siquiera dialogase con Foster Maxwell... ¡Espera!

Ella, arqueó las cejas con un rictus de susto en su semblante.

—¿Qué ocurre ahora, Leif? Contigo se va de desconcierto en desconcierto y de sobresalto en sobresalto.

—¡Que voy a cruzar los dedos porque estoy cantando victoria y todavía no he hablado con Foster!

—No llates al mal tiempo, hombre. ¿Quién es Foster?

—Un militar de alta graduación. El marido del amor de mi vida.

—¿Bromeas? —inquirió Ira, clavando inquisitivamente sus luminosas pupilas azabache en el bien parecido rostro del hombre.

—Jamás he hablado tan en serio. Algún día te lo explicaré.

—¿Por qué no ahora?

—Porque dentro de veinte minutos tengo que viajar en helicóptero y antes quiero dejarte bien aposentada. ¡Ah!, no es que quiera asustarte, pero en adelante también irán por ti, así, como suena. Por lo tanto, aunque novata, has de estar dispuesta a evidenciar todo lo que te han enseñado los enanos de la Central.

—Hablas de la CIA como si no trabajaras para ella.

—Trabajo, sí..., pero muy a mi aire. Y tienen que admitirlo y tolerarme porque si no los mando a la mierda y me quedo tan ancho. ¿Tienes preferencia por algún hotel determinado?

—No sé tan siquiera si en este país hay hoteles.

—Los hay, pequeña, los hay. Ya los había en los tiempos heroicos de la colonización del Oeste.

—Habías venido por aquel entonces, ¿no? —bromeó ella.

—Sí, claro. Estuve liado con la mujer de Búfalo Bill. Como él se pasaba el tiempo cazando búfalos y bisontes para que comiesen los del ferrocarril, yo le ponía los cuernos habían llegado a la salida de la terminal aérea. Wagner alzó la diestra en el aire, gritando. —¡Eh, taxi!

El coche de servicio público se detuvo ante ellos. Cuando entraron, un chófer dicharachero y simpático, saludó:

—¡Hola, parejita feliz! ¿Dónde les llevo?

—A un hotel que tenga camas cómodas.

—Sigues siendo vulgar —dijo la hermosa Ira, haciendo como que quería taponarle la boca.

—¡Déjelo, señorita! La verdad sólo tiene un camino. ¿Dónde estarán ustedes dos mejor que en la cama?

—¿Lo ves muñeca? ¡Este hombre es un hombre de mundo! Sabe lo que se dice.

Ira Galloway estaba roja, encendida como una amapola.

—Les dejaré en el International —dijo el taxista, minutos después—. Es cómodo, discreto, y no abusan con las facturas.

—Ése nos vale, amigo —replicó Leif. Añadiendo: Tengo un poco de prisa...

—Tranquilo. Ahora mismo le piso la cola a éste y volamos.

Cuando Leif Wagner salió del International rumbo de nuevo al aeropuerto, dejando a la muchacha instalada y segura por el momento, se dio cuenta de que Ira había obrado el milagro. Ya no pensaba en Stefanie, cuando lógicamente hubiese tenido que hacerlo más que nunca.

Y es que Ira Galloway tenía un encanto especial, tenía clase, era dulce y cariñosa...

¿Quién diablos le habría mandado meterse en la CIA?

Y a Stefanie, ¿quién narices la había mandado casarse con Foster?

¡Lo que no se les ocurriera a las mujeres!

A las tres, puntualmente, subía a bordo del helicóptero.

El aparato se posó con suavidad en el helipuerto delimitado

convenientemente en un sector de la amplia meseta que se abría entre los cuatro agudos picachos casi al final de la cordillera.

El aire de la hélice alborotó los cabellos de Leif cuando éste saltó del helicóptero alejándose a la carrera del aparato.

—¡Bien venido, Wagner! —le saludó el hombre, militarmente, destacándose del reducido grupo de quienes le esperaban.

Humphrey Clayburgh era redondete como un barril. Coronel del ejército y jefe de seguridad de aquella base. Sus modales eran afables y su actitud, de natural, efusiva. —Hola, coronel—. Leif le tendió la diestra.

—Aquí tiene la lista que me han dicho que le facilitara. Las personas que entraron y salieron el día en que desapareció Stefanie Maxwell, con el correspondiente horario y algunas observaciones. Verá, Wagner, yo, en su lugar, no haría demasiado caso de esas observaciones. Los centinelas son simplemente eso, centinelas. Pero no psicólogos, ¿me entiende?

—Creo que sí, coronel —movió la cabeza afirmativo, guardándose la lista en un bolsillo exterior de la chaqueta. Preguntando—: ¿Qué tal se encuentra el general de ánimos? Humphrey Clayburgh hizo un gesto elocuente.

—Muy abatido.

—Es lógico.

—¡Por supuesto! —exclamó Clayburgh. Añadiendo—: Yo, en su lugar, posiblemente estaría mucho peor. Maxwell demuestra entereza aunque, como le he dicho, no puede ocultar su abatimiento.

Iban caminando hacia la zona de *parking* abierta frente al helipuerto, donde aguardaba un *jeep*.

—Coronel, tengo entendido que usted lleva bastantes años en el Servicio de Inteligencia del ejército, ¿verdad? —quiso puntualizar Wagner.

El otro le miró con cierta precaución.

—Sí. ¿Por...?

Porque imagino que habrá formado su hipótesis acerca de lo sucedido.

—Por supuesto afirmó el jefe de los servicios de seguridad de la base.

—Yo también, aunque desde lejos y a través de referencias.

Admito que Stefanie fuera atraída lejos de aquí con algún pretexto, que muy bien podía referirse a la integridad física de su marido...

—¡Eso mismo he deducido yo! No cabe otra explicación.

—Al menos, aparentemente —matizó Leif. Y se detuvo para encararse con el coronel, manteniendo un intencionado silencio por espacio de varios segundos, antes de agregar—: Pero ¿qué hipótesis puede justificar el hecho de que un desconocido apareciese en casa del general, para amenazarle tras anunciar el secuestro de su esposa... *sin que nadie en la base tuviera conocimiento de su entrada en ella?*

—Tengo esa hipótesis —sonrió el coronel Clayburgh, y con su sonrisa parecía decirle a Wagner que esperaba aquella pregunta, que la consideraba tremendamente lógica. Añadiendo—: Y creo que por el momento y mientras no se demuestre lo contrario, también es la única válida: ese hombre, cuya identidad todavía no se ha podido establecer con certeza, entró en la base camuflado en el vehículo de alguno de quienes aquel día cruzaron la entrada normalmente.

—¿No se les registra?

—Sí... Pero menos, ¿entiende? —Vio el cabezazo de asentimiento de Wagner pero, no obstante, agregó—: Al principio, las órdenes se cumplen a rajatabla, mas, conforme pasa el tiempo, la gente, instintivamente se relaja y ello afecta a la disciplina. Unos y otros se van conociendo y esa confianza va en detrimento de la seguridad. De todas formas debo confesarle que ya desde un principio los registros al personal entrante y saliente se efectuaban a ojos vista y desde afuera. Aunque se tengan dudas no se le puede demostrar al personal que se duda de él. Si así lo hiciéramos muchos civiles se negarían a trabajar con nosotros.

—Y usted es consciente que eso es un arma de doble filo, ¿no, coronel?

—Totalmente de acuerdo, Wagner. Corres el riesgo de tener a los espías en casa..., como en esta ocasión. Y ahora, llegado el momento de establecer identidades, la cosa se complica. Cuando usted haya repasado esa lista, podemos intercambiar opiniones al respecto.

—Me parece bien, coronel Clayburgh —afirmó Leif, añadiendo—: Y ahora, si me lo permite, quisiera entrevistarme con Maxwell.

—Sí, claro. Suba al *jeep*. ¿Quiere que le acompañe?

—No —negó el rubio—. Será mucho mejor que me acerque solo.

—Yo también lo creo así. ¡Hasta luego, Wagner!

—¡Nos veremos, coronel!

Saltó al interior del todo terreno y el chófer, sin preguntar nada, puso el vehículo en marcha serpenteando por las calles de aquel paraíso prefabricado a casi dos mil metros de altitud sobre el nivel del mar.

Los retazos que fueron desfilando frente a los ojos de Leif eran pinceladas agradables tanto del paisaje como de las edificaciones y del propio entorno. Sin embargo él, no hubiera deseado vivir allí, pese a lo bien logrado del ambiente y a las mil y una comodidades que, sin duda, debían hallarse en aquel recinto.

El *jeep* se detuvo junto a un suntuoso *bungalow*.

—Es aquí, señor.

Wagner saltó a tierra ágilmente sin utilizar la portezuela.

—Gracias.

Instantes después oprimía el zumbador del *bungalow*. Y no habían transcurrido ni treinta segundos cuando la puerta, abierta, enmarcaba la fornida silueta del general Maxwell.

—Te esperaba, Leif.

—Lógico, general. ¿A quién iban a mandar mejor que a mí?

—¿Pasas?

—Gracias.

Foster Maxwell precedió hasta el *living* al recién llegado.

—¿Te apetece una copa, Leif?

—No, general. Gracias. Creo... —se dejó caer en una butaca, imitando a su anfitrión y, tras una breve duda, añadió—: Creo que los dos estamos bastante incómodos, general.

Por eso mismo, me parece lo más lógico que cojamos el toro por los cuernos.

—Adelante, Wagner, te escucho.

—¿Se ha puesto alguien en contacto con usted?

—No —negó. Exclamando, acto seguido, con cierta excitación—: ¡Ya entiendo! En Washington temen que yo...

—¡Nadie teme nada, general! —le atajó Leif, autoritario—. Sus años de servicio y su integridad son una garantía que nadie ha olvidado.

—¡Palabras, Leif! Ahí está tu pregunta...

—Era de precepto formularla.

—Y yo he de responder que si alguien se hubiera puesto en contacto conmigo lo hubiese comunicado al alto mando, ¿no crees?

—Lo que yo crea es subjetivo. ¿Tiene idea del por qué?

Foster Maxwell cuadró las mandíbulas. Su aspecto trataba de ofrecerse entero, su imagen serena, pero los sentimientos parecían traicionarle. La verdad es que se sentía como desnudo, como perdido. Dijo:

—Sería absurdo decir lo contrario. Sí..., tengo una idea y creo que acertada y concreta: la vida de mi mujer es probable que dependa de una pregunta a la que yo, en un momento u otro, deberé contestar. La ubicación en Europa de dos bases de lanzamiento de misiles de largo alcance.

—Pretendo encontrar a Stefanie antes de que le hagan la pregunta. Que lo consiga o no...

—Los días pasan. En cualquier momento pueden hacérmela. ¿Te interesa saber cuál será mi respuesta?

Leif movió una mano en el aire.

—No. Pero sí me interesa lo que hizo usted la mañana en que desapareció Stefanie.

—La sigues queriendo, ¿verdad?

—El hecho de que se casara con usted no podía en modo alguno anular mis sentimientos, general —repuso Leif, procurando que su tono estuviera exento de la menor emoción. Puntualizando—: Eso no importa ahora. ¿Recuerda lo que hizo aquella mañana?

Maxwell sonrió con amargura.

—Por supuesto. Estuve prácticamente toda la mañana en compañía del doctor Morley, para pasar la revisión médica periódica. Bueno, parte de ella. Precisamente la parte que a mí me resulta más..., digamos incómoda.

—No le comprendo.

—Me horroriza que me hagan análisis de sangre. Que me la extraigan. Incluso me mareé un poco. Entonces me pareció una tragedia impropia de un militar, ahora... ¡me causa risa! Del hospital me vine para aquí tropezándome con el tipo que me habló del secuestro de Stefanie. Tuve un momento de nerviosismo, me abalancé sobre él y... Supongo que ya te han informado de ello.

—Desde luego. Por aquellas fechas, había notado algo extraño

en la actitud de Stefanie. Me refiero a nerviosismo, temor, o algo por el estilo.

—No. En absoluto. Y dime... —De nuevo una triste y apagada sonrisa flotó sobre las sanguíneas facciones del general—, ¿cómo piensas encontrarla?

—Honradamente, no lo sé. ¿Tiene usted alguna idea concreta?

—¿Crees que me estaría aquí, con los brazos cruzados, si la tuviera?

—Supongo que no. Es extraño que no hayan tratado de conectar con usted, de informarle al menos sobre Stefanie...

—Esa gente sabe lo que hace, Leif. Juegan con mis nervios...

—Ahora sí puede decirme lo que contestaría a la pregunta, general. Hablamos en hipótesis, recuerde.

—El general Maxwell no puede en ningún momento revelar la situación de esas bases.

Se trata de un secreto de estado.

—¿Y Foster Maxwell, hombre enamorado de su esposa?

—El..., sí. El podría traicionar a su país. ¡Maldita sea! ¡No puedo imaginarme a Stefanie muerta! ¡No puedo, Leif, no puedo! ¿Puedes tú?

—Creo que no. Bien —se puso en pie—, no quiero molestarle más. Una última cosa, general...

—¿Sí?

—Por el momento me alojaré en el hotel International de Albuquerque. Si le hacer la pregunta... ¿querrá ponerse en contacto conmigo antes de tomar una decisión? —Sí, Leif.

—Gracias, general.

—¡Leif! —Se alzó de un brinco como si algo le hubiera pinchado desde el fondo del asiento.

—¿Ocurre algo?

—¿Piensas quedarte en Albuquerque? ¿Crees que la solución del enigma está aquí? ¿No vas a moverte, a utilizar contactos...? ¡Qué sé yo!

—La solución tiene que estar donde estuvo el principio. Cuando averigüe cómo entró ese hombre en la base, estaré cerca del paradero de Stefanie. ¿Garantiza alguien o algo que forzosamente se la hayan llevado lejos?

Foster Maxwell volvió a desplomarse en la butaca.

—No, claro. ¡Juro que cada vez lo entiendo menos! Y acabaré por volverme loco...

—Ya sé que es muy fácil decirlo —le atajó Leif—, pero considero fundamental que trate de conservar la calma, Maxwell. Le informaré de cualquier avance en mis investigaciones, por insignificantes que sea.

—Gracias, Leif. Y buena suerte.

—Hasta pronto, general.

CAPÍTULO VI

—Llevas más de una hora dándole vueltas a esta lista —dijo Ira.

Leif, que estaba tendido en el lecho, con la hoja de papel en la mano, la extendió hacia la mujer, anunciando:

—Sí. Y te agradecería que ahora me la leyeras.

Ira, inclinándose para besar la boca del hombre, inquirió, tras el sabroso y hambriento ósculo:

—¿Que te la lea dices...?

—Sí. Quiero escuchar lo que pone en este papel sin ver las letras. Aunque te parezca una estupidez, las letras distraen el poder de concentración de la mente.

—Si tú lo crees... —habló ella, no muy convencida, tomando la hoja. Burlándose—: ¿Dispuesto para pensar, Einstein?

—*Okay.*

—A las ocho y treinta y dos de la mañana se personó en la base el jefe de los servicios médicos, doctor Dirk Morley, con su puntualidad característica. Su aspecto era normal y comentó con uno de los guardias de seguridad que aquella mañana empezaría el reconocimiento médico periódico. A las nueve y dos minutos hizo acto de presencia el teniente habilitado John J. Ford, quien la tarde anterior se había desplazado a la localidad de Gallup, Nuevo México, para ultimar los trámites de su boda. Regresaba contento y satisfecho, comunicando que su enlace matrimonial se celebraría dentro de cinco días, al cual, estaban invitados todos cuantos quisieran asistir y no tuviesen servicio aquel día; actitud perfectamente normal la suya. A las nueve veintisiete llegó la señorita Patty Kristel auxiliar técnico sanitario, que trabaja en el hospital de la base a las órdenes del doctor Morley; se le hicieron los comentarios habituales acerca de su belleza y ella los encajó con las habituales promesas de que estudiaría todas y cada una de las «ofertas». Simpática y cordial como siempre, sin nada extraño ni

fuera de lugar en su actitud. A las doce treinta y dos, p.m., abandonó la base la esposa del general Maxwell, Stefanie Owens, que bromeó como en ella era costumbre con los hombres de la seguridad...

—¡Vale! —exclamó Leif.

—¡Vaya! Sherlock Holmes ha dado con la solución. —¿Te han dicho alguna vez que eres muy coñona?

—No, cielo. Porque siempre he tratado con hombres educados...

—¿Y te metían mano? ¡No, qué va! Los hombres educados no hacen eso. Pero como yo no soy...

—¡Quieto! —soltó la hoja tratando de escapar a la acometida de Leif.

Quien, de repente, desconcertándola, preguntó:

—¿Te asustan los análisis de sangre?

Ira Galloway lo miró como si pensara que estaba loco.

—¿Análisis de sangre? ¿Que si me asustan? ¿Por qué iban...?

¡Eh, Leif! ¿Qué es exactamente lo que estás pensando?

—Si te digo que con certeza, no lo sé, ¿me crees?

—Huum... ¿Qué sucede con los análisis de sangre?

—Que a Foster Maxwell le molesta que se los hagan. Incluso se marea cuando le sacan sangre.

—Y eso —enarcó las cejas Ira—, ¿qué tiene que ver con el asunto?

—No lo sé. Pero me suena. Una corazonada. El análisis de sangre vincula a Foster con Morley..., Morley fue el primero en llegar a la base aquella mañana...

—El secuestro, se refiere a la mujer de Foster, ¿no?

—Inteligente deducción. Morley... ¿Por qué ha de ser él y no el teniente que se va a casar..., o la enfermera? ¡Vaya! ¿No es casualidad el que de las tres personas que entraron aquella mañana, dos tengan que ver precisamente con los servicios médicos de la base?

—Es casualidad, sí. Oye, Leif, si de veras confías en mí... ¿por qué no me explicas algo de todo este rompecabezas, por si se me ocurre alguna idea efectiva y puedo ayudar?

—Otra deducción inteligente. ¿Qué mágico encanto tendrá un análisis de sangre? Fue lo más importante que le sucedió aquella mañana a Foster, hasta que supo que habían secuestrado a su

mujer, ¡claro!

—Vaya perra has cogido con el análisis, ¿eh? ¿Me lo vas a contar o no?

—Si después me dejas que te haga un niño, sí.

—¡Tonto! Te escucho. Luego, discutiremos lo del niño.

Iba Wagner a ofrecer una explicación general del asunto para que ella se situase definitivamente, cuando la campanilla del teléfono estalló, musical e incordiante, en la habitación.

Ira atrapó el auricular.

—¿Sí?

—...

—Un momento —tendió el aparato a Leif—. Es para ti.

El la interrogó con la mirada. La chica, repuso:

—Creo que es Jill Bergen:

—Lo suponía —dijo, cogiendo el auricular. Y—: Habla Leif Wagner.

—¡Hola, muchacho! —exclamó quien le hablaba desde Washington—. ¿Qué tal por Albuquerque? Bien acompañado, ¿eh?

—Más adelante hablaremos sobre mi buena compañía..., acerca de esta buena samaritana. La elección, te anticipo, ha sido acertada. Es completa, aunque novata. Sería absurdo que te preguntara Cómo me has localizado, Richelieu... pero sí ardo en deseos de saber qué quieres. ¡Y por Dios, no vayas a preguntarme mis progresos!

—No. Ya me contaron que un terremoto pasó por Makabro's

show, ¿sabes? Tienes a un senador metido todavía debajo de la cama. A veces, ¡hasta resultas gracioso, Leif! Te llamo porque tengo algo importante que decirte. ¿Te acuerdas de Héctor Zorro Carvajal?

—¡Oh, sí, claro! Salúdale de mi parte. Los mexicanos siempre me caen bien, aunque trabajen para la Central. ¿Qué más?

—Está en Polonia —dijo, con entonación sentenciosa, Jill Bergen, desde la capital de los Estados Unidos.

—Pues las pasará putas allí, ¿no? Como mi amigo el general Jaruzelski, que como su propio nombre indica es el jefe del régimen militar polaco, se entere de que Carvajal se da la lengua con los enanos de la...

—¡Déjate de más chorradas, Wagner! El mexicano se ha puesto

en contacto conmigo hace apenas una hora. Hemos grabado la conversación... ¡Escucha atentamente!

—*Okay.*

Unos segundos de silencio en cuyo transcurso y a través de la extensión telefónica llegó hasta los oídos de Leif, con nitidez, el siseo de una cassette al girar en el interior de la unidad reproductora. A renglón seguido:

—*Las cosas, aquí, se complican por minutos, Jill.*

—*¿Puedes ser más concreto, Héctor?*

—*Sí, por supuesto. Todavía gozo de inmunidad y nadie sospecha mis verdaderas actividades. Pero el panorama se ha oscurecido para los estadounidenses...*

—*¡No se atreverán a ejercer ningún tipo de presión sobre nuestros súbditos, Zorro! Necesitan dinero y saben que aquí lo hay.*

—*¡Válgame Dios, Jill! ¿Eres tú quien dice eso? Wojciech Jaruzelski está bailando al son que le toca el soviet supremo; no tiene alternativa. Y en Moscú, Leónidas Breznev, que está perdiendo carisma a marchas forzadas dentro de su propio partido, tiene muchos problemas..., de la mayoría de los cuales hace responsables a los Estados Unidos. La visita del subsecretario de Estado norteamericano, James Buckley, en su periplo de cinco días por París, Bonn, Londres, Roma y Bruselas, para presionar a la GEE [2] a que intensifique las sanciones comerciales a la URSS precisamente a raíz de la crisis polaca, ha sentado en el Kremlin como una patada en los testículos. ¡Me gustaría que leyeras los comentarios de Pradva ([3] al respecto...!*

—*¡Carvajal! ¿Adónde quieres ir a parar?*

—*A lo que te decía en un principio, al hecho de que Moscú, descargando su responsabilidad en la KGB, jugará, las está jugando de hecho, sus cartas en otro terreno. Hace tiempo que tenían la mosca tras la oreja con respecto a la posible instalación en Europa de bases secretas para lanzamiento de misiles. Si antes tenían que tragarse las sospechas que despertaban ciertos súbditos norteamericanos residentes en determinados países del Este, ahora, aprovechando el confusionismo creado en Polonia por su*

inestable situación económica, social y política, la KGB ha empezado a actuar. Tiene miembros infiltrados en la junta militar polaca y los ha hecho moverse, practicando detenciones que podemos calificar de clandestinas pero que se han llevado a la práctica, acusando a ciudadanos americanos como sospechosos de ejercer labores subversivas; concretamente de pertenecer al sindicato Solidaridad y de haber tomado parte activa en movimientos sindicales destinados a desestabilizar el actual régimen político de Polonia.

—¡Héctor! ¿Estás seguro de lo que dices?

—¡Naturalmente que lo estoy, Bergen! ¿Crees que puede hablarse de esto a la ligera? Hoy mismo han detenido a un periodista neoyorquino, corresponsal del Herald Tribune; ayer se llevaron a su domicilio, sin acusación firme ni razón aparente a Richard Bickford, psiquiatra, de Ohio, que lleva quince años residiendo en Polonia y le retuvieron el pasaporte, como primera premisa, a Gerald Thorpe, testigo de Jehová, que fue invitado a dar unas conferencias sobre la finalidad de esta secta cristiana, en Varsovia. Eso, no son más que palos de ciego, pero, investigando esas detenciones, he sabido que hace 22 días detuvieron a una muchacha que llevaba cinco meses viviendo en Polonia para perfeccionar sus estudios sobre el idioma y documentándose acerca de los hechos sucedidos aquí durante la Segunda Guerra que habían de servirle para preparar una tesis con la que pensaba optar a la cátedra de Historia en no recuerdo qué Universidad americana. La chica en cuestión se llama Laura Morley y he averiguado que su padre trabaja para nuestro gobierno como médico...

—¡Eso es cierto, Carvajal! Su padre está al frente de los servicios médicos de la...

En este punto se interrumpió la grabación. Y entró en directo la voz de Jill Bergen, exclamando:

—¡Leif! ¿Sigues ahí...?

—¿A ti qué te parece?

—Sabes quién es su padre, ¿no?

—¡Faltaría...! El médico que le hizo un análisis de sangre al

general Maxwell la mañana en que desapareció su esposa.

—Lo dices como una acusación.

—*Es una acusación, Jill... ES.* Y lo es, porque tú acabas de confirmar una vaga sospecha que cruzaba mi mente, carente de fundamento. Ahora, ya tiene ese fundamento. Gracias, Richelieu... ¡y saludos a los enanos!

—¡Eh, Leif! —se desesperó Jill Bergen, a muchos kilómetros de distancia, intuyendo que Wagner iba a dejarlo con la palabra en la boca—. ¡Espera! ¡Leif, Leif..., oye, escúchame!

Ni le oyó, ni le escuchó...

Colgó con una sonrisa en los labios. Mirando a Ira Galloway; dijo:

—Atención, *please*, escritora. Los hechos son los siguientes: Stefanie Owens...

Hizo un relato breve pero muy concreto. Y concluyó, anunciando:

—En un análisis de sangre puede estar la clave de todo.

—¿El doctor Morley?

—¡Ahá! Su hija está detenida en Polonia bajo la acusación de pertenecer al sindicato Solidaridad y de practicar acciones subversivas contra el gobierno del general Jaruzelski...

—Cargos que son sólo pretextos...

—¡Y que lo digas, mi querida niña! Pretextos, sí. Pero ella está encerrada sabe Dios dónde, y que salga de ese lugar depende en buena parte de la actitud colaboracionista de su padre, el doctor Dirk Morley.

—¿Y en qué o cómo puede colaborar el médico? —se interesó Ira.

—Pura especulación, querida. Simple hipótesis —sonrió, irónico, Leif, dejándose caer encima de la cama como hacían en la tele los que anunciaban ciertas marcas de colchones—. Jal —estalló en uno de sus arranques burlones. Y repentinamente serio, inquirió—: ¿Cómo, en qué... te preguntas, me preguntas? Mira, pequeña... —Tomó suavemente una de las manos de la preciosa morena para besarla con ternura y cariño—, tu ingenuidad me resulta vivificante viniendo de un mundo de engaños como éste en que nos desenvolvemos.

Una pincelada de contrariedad descendió sobre el bello rostro de

la joven al tiempo que musitaba:

—Entiendo que me subestimas, Leif. La pregunta buscaba TU respuesta, porque la mía, la tengo. Yo, tengo MI respuesta.

—¿Sí...? ¡Adelante con ella!

—Dirk Morley pudo camuflar la entrada en la base del individuo que más tarde había de morir en la pelea con el general Maxwell..., por ejemplo —soltó, ella, decidida.

Leif Wagner, abandonando definitivamente todo tipo de expresividad cómica y burlona, dijo, con semblante preocupado:

—Confieso que eso no se me había ocurrido y es más que probable que estés en lo cierto. Admito que soy más retorcido que tú y que estoy buscando la culpabilidad de Morley por otros derroteros.

—¿El análisis de sangre?

—*Okay* —cabeceó, afirmativo. Ampliando—: Algo me dice que en el momento de la extracción sanguínea sucedió un hecho importante...

—Si estás pensando que Morley pudo inocularle a Maxwell alguna sustancia química, ya fuera penthotal o cualquier sucedáneo, para liberar el subconsciente del general y efectuar un interrogatorio..., se contradice con el hecho del rapto de Stefanie. Si Foster, supongamos, había hablado inconscientemente, ¿para qué secuestrar a su esposa?

—Esa misma reflexión me la lleve haciendo desde que la corazonada del análisis ha afectado mi cerebro. Estamos como siempre: nada es lógico y todo es lógico. En el mundo de los policías y los detectives se pueden y se suelen admitir las corazonadas, en el nuestro, ni se puede ni se debe. Un error y... ¡kapput! Sólo tenemos una alternativa.

—¿Cuál?

—Asustar a Morley, obligarle a que se mueva...

—¿Cómo?

—Eso sí lo tengo claro. ¿Quieres leerme el número que hay escrito en lápiz en el vértice superior izquierdo del informe que me ha facilitado el coronel Clayburgh?

Ira, recogiendo el papel que antes cayera al suelo y tras leer el número, preguntó:

—¿Qué significa?

—Es el de la centralita telefónica de la base —respondió, al mismo tiempo que lo iba discando en el aparato y se llevaba el auricular al oído. Esperó unos segundos a que respondieran en el otro lado y dijo—: ¿Me pasa con el coronel Clayburgh, por favor? —¿Quién le llama?— preguntaron a su vez, en el otro extremo.

—Leif Wagner.

—Tenga la bondad de aguardar un momento, señor Wagner.

Pasado el momento que le pedían escuchó otra voz, preguntando:

—¿Sí, Leif? ¡Esperaba su llamada! Aunque confieso que ha tardado un poco...

—He estado meditando, coronel.

—¿Y...?

—Habíamos quedado en que una vez repasara la lista cambiaríamos opiniones al respecto...

—Lo recuerdo perfectamente, Wagner. Y entiendo que ha llegado a alguna conclusión.

—Hipótesis, coronel —corrigió el rubio agente de la CIA con tono suave. Agregando así con sequedad—: Dick Morley.

Un silencio al otro lado. Debía ser una pausa para la sorpresa pero no vino refrendada por ninguna exclamación de extrañeza. Era más bien como si costase de admitir y se estuviera tomando tiempo para asimilar la posibilidad. Al fin, Humphrey Clayburgh, anunció:

—Cualquiera puede ser, desde luego. ¿Por qué, Morley?

Leif Wagner se guardó muy mucho de hacerle partícipe de la comunicación obtenida por Bergen desde Washington. Secreto de sumario. Pero dijo:

Es el resultado de unos razonamientos complejos y hasta confusos. Para obtener una certeza necesito de su colaboración, coronel.

—¡Adelante! ¿Qué debo hacer?

—El doctor Morley, según parece, no vive en la base, ¿verdad?

—No. Cuando fue destinado a esta base declinó el derecho, y casi la obligación me atrevería a decir, de instalarse del todo en ella; aportó razones familiares. Su esposa, creo, tiene ciertos problemas cardiovasculares que podían verse afectados como consecuencia de la altura. Alquiló una especie de rancho en Farmington. Esa localidad se alza en las inmediaciones de la

cordillera, muy cerca del punto donde se inicia la carrera laberíntica que conduce hasta la base. ¿Qué más, Wagner?

—Póngase en contacto con nuestra unidad de inteligencia destacada en la telefónica para que se intervenga de inmediato el teléfono de Morley; es importante que se graben todas las conversaciones que mantenga a partir de ahora. Acto seguido se pone en comunicación con él y le dice que con motivo del secuestro de Stefanie Owens, Washington ha enviado un agente para investigar los hechos. Le da mi nombre y le dice que voy a visitarle en breve para hacerle unas preguntas. Añada que se trata de un mero formulismo, etc.

—De acuerdo. Leif. ¿Algo más?

—No. Es todo por el momento. Gracias, coronel.

Ira, viéndole colgar, se acercó, mimosa y ondulante.

—Quiero hacer el amor, Leif.

—¿Conmigo?

Miró, burlona, a su alrededor.

—No tengo dónde elegir.

—Está bien, pequeña. Si no tienes otro remedio. Pero ¿crees que debemos pensar en *eso* cuando sobre nosotros recae la grave responsabilidad de... —La tomó entre sus brazos comenzando a desnudarla— de veras te gusta hacerlo conmigo?

—¡Me vuelves loca, ladrón!

Lo que yo digo, no hay vergüenza. Se ha perdido el pudor, la decencia, los valores tradicionales...

Pues eso.

Después de *eso*, Ira se vistió unos *blue jeans* ajustadísimos que silueteaban sus nalgas con excitada perversidad, un jersey cuello cisne de los que se llevaban en las estaciones invernales, de un escarlata chillón, con dibujos y líneas en blanco, azul y amarillo... ¡estaba la tira de buena!

—Con lo que me ha costado desnudarte —murmuró él, como lamentándose. Y se empezó a vestir también. Razonando—: Aunque reconozco que vestida estás de muerte.

Vestida estás como...

—¿Cómo?

—¡Como para desnudarte!

—¡Bobo!

—¡Maciza!

—Ya vale, ¿no?

El, con uno de aquellos cambios bruscos de expresividad, anunció, pausada la voz:

Ira..., tenemos que hablar seriamente.

Giró en redondo. Con sus preciosos ojazos muy abiertos. Como sobresaltada.

—¡Ah! —exclamó. Preguntando a renglón seguido—: ¿No es serio lo que hemos hecho y dicho hasta ahora?

Más que serio, fantástico.

—Bromeaba —le atajó la impresionante morena—. Pero te escucho..., seriamente.

—Aunque has cumplido una parte muy importante en todo este asunto —dijo Wagner, alborotándose los cabellos con la yema de los dedos— como fue salvarme la vida en

Makabro's

Show, voy a relevarte de ese papel segundón que en principio te asignó Jill Bergen. Sigo pensando que eres una novata, pero muy válida. Confío en ti, Ira.

—¿Por qué no lo sueltas de una vez, Leif?

—Quiero que estés dispuesta para entrar en acción.

—¿Y quién te ha dicho que no lo estoy?

—Voy a presionar a Dick Morley. Voy a provocar una reacción que le lleve a cometer cualquier error. Quiero, en definitiva, obligar le a que se ponga en contacto con quienes le están manejando. Y esa pista, es la que tú vas a seguir. Sin alegrías, con seriedad.

—Te ha dado por la seriedad, ¿no?

—Esa gente no se anda con puñetas, Ira. Quiero que entres en acción, sin extralimitarte. Permanecerás aquí, en espera de mis noticias.

—¿Y si Morley no reacciona como esperas?

—Por qué te empeñas en ser pájaro de mal agüero, ¿eh?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé.

Y se acercó al de los ojos verdes para besarle la boca con deleite.

CAPÍTULO VII

Dirk Morley, doctor en medicina, estaba muy tenso.

Extrañamente tenso.

Y muy nervioso.

Excesivamente nervioso.

—No veo en qué puedo ayudarle, señor..., me ha dicho que se llama Wagner, ¿no?

—Lo sabe perfectamente puesto que mi visita le ha sido anunciada por el coronel Clayburgh.

—¡Está bien! —exclamó el otro, removiéndose, excitado, en el fondo de su butaca—. Clayburgh me ha telefoneado, sí. ¿Tan importante es que me haya olvidado de su apellido?

Se hallaban acomodados en una estancia de paredes altas, mobiliario funcional propio de un despacho biblioteca, que gozaba de unos amplios ventanales cubiertos por cortinajes tupidos que servían para aliviar los rigores del sol calcinador de Nuevo México, y al otro lado de ellos se abría el vasto y frondoso jardín que circundaba el rancho.

Lo que años atrás, para ser más exactos y concretos, fuera un rancho.

—No lo es, por supuesto —dijo el que pertenecía a la CIA, pero a su aire. Añadiendo—: Me fastidian los circunloquios, así que iré al grano, doctor. Dice que no sabe en qué puede ayudarme y yo pienso lo contrario, es más, estoy convencido de que puede serme útil en la misma medida que yo a usted.

Miró al rubio con desconcierto. Confundido. Pidiendo:

—¿Quiere ser más explícito?

—¡Claro! —exclamó Leif, con una de sus cáusticas sonrisas—. No apruebo su forma de proceder —sentenció seguidamente—, pero la comprendo.

—Sigue confundiéndose, señor Wagner.

—Sabe de qué le hablo, doctor. ¿Por qué andarse con rodeos?

—Ha dicho que le gusta ir al grano, ¿no?

Cabezazo de afirmación. Y:

—Laura, su hija.

Una crispación contrajo las facciones del médico. Apretó los puños con tal fuerza que los nudillos le blanquearon.

—¡Maldita sea! ¿Qué pasa con mi hija?

—Está prisionera en Polonia. Lo sabe mejor que yo.

Morley trató de contener su ira.

—Si eso fuera cierto, ¿qué?

—Usted no ha hablado de ello con el gobierno, ¿por qué?

—Es una cuestión..., personal. Es algo privado. Mi vida y mi familia no son cosas del gobierno. Usted... —El nerviosismo de Dirk Morley volvía a iniciar un peligroso *in crescendo*—, ¿se supone que ha venido a preguntarme sobre la desaparición de Stefanie Owens!, ¿no? Cíñase a los hechos, Wagner.

—Lo estoy haciendo —replicó Leif, sin perder su tono distante y frío—. Ambos hechos están conectados.

—¡Eso lo dice usted!

—Naturalmente que lo digo yo. Y estoy seguro de ello.

—¿Qué pretende con todo esto? —inquirió el médico.

Leif captó la expresión confundida que se reflejaba en la faz del médico. Entendió que estaba enfrentado a una difícil disyuntiva, que le asaltaban todo tipo de dudas, que se hallaba sumido en un mar de confusiones, que había perdido la noción de la realidad y que se encontraba incómodo desconfiando de todo y de todos.

—Tranquilo —le recomendó, con ademán pausado. Incluso le ofreció una sonrisa conciliadora. Ampliando—: Quiero, en principio, evitar que siga cometiendo errores. Si de verdad desea que su hija...

La vehemencia y el nerviosismo acabaron por traicionar al médico. Estrelló el puño derecho, con violencia, contra la mesa escritorio.

—¡Basta ya! ¡Basta! ¿Quién se ha creído usted qué es? ¿Cómo se atreve a juzgar mis actos? Habla de errores..., ¿qué errores?

—Colaborar con las personas que han privado de libertad a Laura convencido de que así se la devolverán sana y salva.

—¡Ah! Y eso lo considera un error, ¿no?

—Por lo menos lo admite.

—¡No he dicho que admita nada! —estalló, congestionado—. Desde que usted ha aludido al supuesto secuestro de mi hija vengo hablando en hipótesis...

—¿Y siempre es así de vehemente..., *cuando habla en hipótesis?*

Volvió a golpear la superficie de la mesa con el puño. Se puso en pie. Con el índice de la diestra extendido señaló la puerta de la estancia:

—¡Fuera de aquí! ¡Saiga de mi casa, Wagner! ¡No estoy dispuesto a tolerarle más vejaciones! ¡Fuera he dicho!

Leif Wagner no hizo el menor ademán que diera a entender que estaba dispuesto a cumplir la orden. Más bien al contrario, puesto que se arrellanó en la butaca como buscando una postura más cómoda.

—Le suponía inteligente, pero veo que me he equivocado. En su lugar, yo, posiblemente hubiese actuado como lo ha hecho usted, Morley. Ni le censuro, ni le insulto, ni le humillo. ¿Quiere de una vez entender mi postura? ¿Y quiere comprender que aún está a tiempo de corregir la suya? Como le he dicho antes, puede ayudarme. Y yo le ayudaré.

—¡No! —insistió el médico, colérico—. Ni puedo ayudarle ni necesito que usted me ayude. Si tiene que hacerme alguna pregunta relativa a Stefanie Owens, hágala. Si no, le ruego que no me haga perder el tiempo.

—Usted le hizo un análisis de sangre, aquella mañana, al general Foster. —Leif estaba dando palos de ciego, buscando el posible fallo, ante el hecho consumado ya de que el otro no quería abrírselo, de que Morley no estaba dispuesto a confiar en él—. He hablado hoy mismo con el general...

—¿Acaso ha notado algo extraño en Foster Maxwell? —le interrumpió el médico, evidentemente a la deriva, con un perceptible temblor en su voz.

—Es que..., *¿tenía que notar ALGO, doctor?*

Toda la gama de colores del arco iris desfiló en cuestión de segundos por el rostro tenso y contraído de Dirk Morley, dejando evidentes tintes de lividez casi cadavérica.

Al fin, reaccionó. Mal. Muy mal, por cierto.

—¡Es suficiente, Wagner! Abandone mi casa. Informe a sus

superiores de que no quiero colaborar. Haga lo que le dé la gana..., ¡pero lárguese!

Esta vez sí. Esta vez se puso en pie.

—Lo lamentaré, Morley —dijo, a modo de sentencia y despedida.

Abandonando la estancia acto seguido. Y la casa, instantes después.

Morley se aseguró bien de que el agente del gobierno había salido del lugar antes de caer pesadamente en la butaca, relajarse, aflojar el cuello de la camisa, suspirar sonora y profundamente, echar mano al auricular del teléfono y dar giros con el índice en el dial marcando un número determinado.

Tras unos instantes de espera escuchó una voz de timbre femenino, musical, vibrante, que interrogaba con un monosílabo:

—¿Sí...?

—*Análisis de sangre* —pronunció, lacónico también, el médico.

—Un momento, por favor.

Como un minuto de espera antes de que un nuevo registro, femenino igual que el anterior, llegase hasta el oído de Dirk Morley circulando por dentro del cable. Con esta expresión pronunciada en tono drástico y de evidente censura:

—Es usted un auténtico estúpido, Morley. Se le dijo que no utilizara este número salvo en el caso de extrema gravedad.

—Existe esa extrema gravedad... —Hilvanó, nervioso de nuevo, el médico.

—Según su criterio, claro —le respondieron—. Bien, ya que ha cometido la torpeza, ¿qué sucede?

—He recibido la visita de un agente del Gobierno. Un tal Wagner...

—¡Morley! —La voz femenina que surgía del otro extremo del hilo exultaba indignación—. ¿Por esa absurda razón..., por eso ha llamado? Se supone que debe estar preparado para hacer frente a cualquier interrogatorio, a cualquier investigación en la que pueda verse envuelto... Además, se le advirtió que esa posibilidad podía plantearse, ¿no? ¡Ha puesto en peligro toda nuestra organización de manera tan pueril como anárquica!

Antes de que la rabia y los exabruptos aumentaran en las vibraciones y los matices de la mujer, Morley se disparó:

—¡Hay algo más! El tal Wagner sabe lo de mi hija.

Unos instantes de suspense al otro lado.

—¡Vaya! —oyó exclamar al fin—. Eso sí es una novedad. Aunque era presumible que no tardarían en saberlo.

—Y ahora..., ¿qué? —preguntó el médico, con su ya crónico acento de nerviosismo.

—Nada. Ahora... NADA. Todo sigue igual que al principio. No pueden probar sus vinculaciones con la operación *Análisis de sangre*. Y seguirán sin poder probarlo, salvo en el caso de que usted, en uno de sus estúpidos accesos, se traicione..., y *nos traicione*. Si eso ocurre, ¡despídase de su hija!

—¡Eso no, por Dios!

—Entonces, manténgase en la misma actitud que hasta ahora y procure dominar sus nervios. Usted es médico, ¿no?

—¡Naturalmente!

—Debe conocer entonces algún fármaco más efectivo que la tila. Aplíquese. Y calma. De haber alguna novedad seremos nosotros... NOSOTROS, doctor, quienes nos pondremos en contacto con usted.

—¡Oiga...!

CLIC.

Al otro extremo, colgaron.

Detuvo el coche que había alquilado en Albuquerque para trasladarse a Farmington, como tres kilómetros después de haber dejado atrás esa ciudad, junto a una cabina de teléfonos que se alzaba en los lindes de la carretera.

En una de las denominadas áreas de descanso.

Se puso en comunicación con la base pidiendo por el coronel Clayburgh.

—¡Sí, Wagner! ¿Alguna novedad?

—Eso mismo iba a preguntarle.

—Morley ha efectuado una interesantísima llamada —respondió el jefe de los servicios de seguridad—. ¿Quiere oír la grabación?

—No lo dude, coronel.

—Ahora mismo se la paso.

Y así lo hizo.

Leif Wagner escuchó atentamente. Y no pudo por menos que esbozar una sonrisa de satisfacción al enterarse de que aquella

operación el enemigo la denominaba con el nombre de *Análisis de sangre*.

Ello empezaba a confirmar su hipótesis.

—¿Qué le ha parecido, Leif? —inquirió el coronel, tras retirar la cinta.

—Ilustrativa, muy ilustrativa. ¿Sabe a quién corresponde el número?

—¡Por supuesto! Esperaba la pregunta; anote: 987.10.78 de Albuquerque. Lo hemos verificado y corresponde a una empresa, de corta existencia, que se dedica en teoría a los seguros de vida bajo la siguiente razón social: Mutuelle General Canadian de la Vie. Se ubica en George Washington Street, 6459, piso 15, letra H. ¿Qué tal su entrevista con el doctor?

—Mal.

—Entiendo entonces que no le ha dicho nada, ¿verdad?

—No. Pero sin quererlo... *me ha dicho mucho*.

—¡Wagner! ¿Por qué no habla claro?

—Más tarde, coronel. Ahora, le ruego que dé las órdenes oportunas para que el helicóptero esté dispuesto dentro de una hora para trasladarme a la base...

—Oiga, Leif...

—Luego, coronel, luego. ¡Hasta pronto!

Colgó para alzar seguidamente la horquilla, discando el número del hotel Internacional de Albuquerque. Establecida la comunicación, para que le pasasen con Ira.

—¡Ya era hora! —exclamó la muchacha, con respiración agitada que el cable telefónico trasladó con nitidez hasta el oído de Wagner —. ¡Creí que no ibas a llamar nunca!

—Quien espera, desespera...

—¿Ya empezamos con las ironías de siempre?

—No son de siempre, son de ahora..., muñeca. ¿Tienes ganas de trabajar?

—¡Enormes! —estalló ella en Albuquerque.

—Pues empieza a memorizar: George Washington Street, 649. 15, H. Mutuelle General Canadian de la Vie. La telefonista de esa razón social, seguros de vida como habrás comprendido, te pasa con una persona *determinada* —matizó significativamente la palabra «determinada»— si al llamar le dices: *Análisis de sangre*. ¿Sabes ya

lo que quiero, no?

—O. K. Que investigue a esa telefonista, que averigüe con qué persona te comunica cuando pronuncias esa clave. *Análisis de sangre...* —murmuró Ira, también con entonación significativa—. Es curioso...

—¿El qué?

—¡Oh nada! Pensaba que eres un hombre de buena intuición.

—Se agradece. Ponte en marcha, rica.

—¿Dónde puedo localizarte?

—En la base. Estaré allí... o en el hotel, esperándote. Ira...

—¿Sí?

—No te exongas demasiado, ¿entendido? Esa gente sabe ya que me tienen en sus talones y a partir de ahora tirarán a matar contra su propia madre. ¡Ira! Estoy hablando en serio.

—Lo sé, campeón. Te ha dado por la seriedad...

—¡Novata! No olvides que vas a jugarla la vida.

—O. K. ¡Ciao!

Colgó.

Leif, durante unos instantes, permaneció en la cabina, pensativo, contemplando el auricular que aún sostenía en la mano.

Después, despacio, colgó también.

CAPÍTULO VIII

La puerta del *bungalow* se abrió con presteza.

Foster Maxwell quedó enmarcado en el dintel.

Como por la mañana.

Tratando de ofrecer una imagen serena como por la mañana.

Hubo algo de sorpresa, no obstante, por la inesperada presencia del rubio agente de la CIA.

—¡Leif! —exclamó. Inquiriendo—: ¿Tan pronto por aquí... de nuevo?

—¿Extrañado, mi general?

Cabeceó afirmativo.

—Sí, ¿por qué negarlo? Pero pasa, por favor.

Maxwell se dejó caer en la misma butaca que ocupase en la anterior visita de Wagner. Éste no, Leif permaneció en pie, incluso dio una vuelta por la estancia como si buscase algo.

—¿Qué ocurre? —interrogó el general—. ¿Puedo saberlo? ¿Son..., son buenas noticias?

—Eso creo, general —y se encaró con el militar.

—Adelante, Leif. Excuso decirte que me tienes sobre ascuas.

Wagner se mantuvo en silencio durante unos instantes, intencionadamente. Mirando con fijeza y rectitud al rostro de Maxwell. Después, soltó de un tirón:

—He dado con el paradero de Stefanie.

La afirmación pareció estallar como un demoledor mazazo en el interior de la cabeza de Foster Maxwell.

Se puso en pie de un brinco.

—¡Imposible!

Leif sonrió tenue y frío.

—¿Por qué?

El general se fue otra vez contra la butaca.

—Bueno... —Se pasó la lengua por los labios, muy secos ahora

—, me parece que se me antoja imposible. Es que... ¿Dónde? ¿Dónde está Stefanie, Leif?

—Tú sabes tan bien como yo —el tuteo súbito marcó una extraña entonación en la voz del rubio—, que estoy mintiendo. Como sabes perfectamente... *que no eres el general Foster Maxwell*. Porque Maxwell perdió el conocimiento cuando Morley le inyectó una droga en el momento de la extracción sanguínea, Marcomenol o Heptarol sódico, para que tú le sustituyeses.

El otro, ahora, no perdió la calma como lo hiciera al escuchar que Leif había dado con el paradero de Stefanie Owens.

—¡Leif Wagner! Si fueras militar te haría fusilar ahora mismo. ¿Es que te has vuelto loco?

—Tú no eres Foster Maxwell.

—¡No seas ridículo! ¿Quién soy, entonces?

—El tipo que aquella mañana entró en la base, junto con el compinche que luego habrías de matar, camuflados ambos en el portaequipajes y asiento posterior de Dirk Morley respectivamente. Así de fácil, amigo.

—Y después, maté a mi compinche. Si no fuera por lo que es, ¡me partiría de risa! Si yo no soy Maxwell, ¿por qué iba a matar al que según tú era mi compañero?

—Por la sencilla razón de que era necesario que así sucediera para que los hechos tuvieran auténtica verosimilitud. Sabías perfectamente que tanto la residencia de oficiales, jefes y mandos, como las demás dependencias estaban sometidas a un riguroso control de grabación. El vuelo de una mosca quedaba registrado en cinta magnetofónica. Como así quedó la conversación prefabricada que sostuvisteis tu compinche y tú. Después de eso y de que lo mataras, ese pequeño detalle lo ignoraba él, ¿quién iba a dudar, a sospechar tan siquiera, que tú no eras el apenado general Foster Maxwell, cuya esposa acababa de caer en manos de una red de espionaje? Además, los milagros que la cirugía ha obrado en tu rostro, convencerían a la propia madre de Foster. Tu peso, tu contextura física..., un trabajo perfecto y caro. Se supone que el verdadero Maxwell salió dentro del coche de Morley y que Stefanie, hábilmente engañada, fue al lugar donde luego recalaría su propio marido. Torturarla a ella en presencia del general era toda una garantía de que Maxwell acabaría soltando la lengua. Luego le

devolvería aquí, y él, por su propia dignidad y para eludir las graves consecuencias que podrían derivarse de su actitud, mantendría absoluto silencio. En teoría, perfecto.

—¡Qué imaginación la tuya, muchacho!

—No voy a perder el tiempo contigo, ¿sabes?

—¿No? —se burló el supuesto Maxwell—. ¿Qué piensas hacer entonces?

—Ahora vas a verlo —repuso Wagner con escalofriante sonrisa. Y gritó—: ¡Adelante, coronel Clayburgh!

Entró. Seguido de dos hombres más.

—¡Detenga a este hombre, coronel! —gritó el que pasaba por Foster Maxwell—. ¡Es una orden!

—Usted no está en condiciones de dar órdenes. —Humphrey Clayburgh le apuntaba rectamente, con mano firme que sostenía una enorme y negra automática calibre 7.62 mm, a la cabeza.

—¡Les mandaré fusilar a los dos!

—La vocación artística de este fulano es enorme —comentó Leif—. Es capaz de haberse convencido de que es Foster Maxwell —añadiendo, burlón—. ¿Quiere desnudar su torso, mi general?

El fulano dio un brinco y Clayburgh, con una agilidad que no se le adivinaba, saltó sobre él estrellándole la culata en pleno rostro.

—¡Quieto, amigo! Le he dicho que no está en condiciones ni de moverse.

Sangraba por nariz y boca.

—Te vamos a inyectar *algo* que te ayudará a recordar quién eres, muchacho —siguió burlándose Wagner.

Uno de los hombres que había entrado acompañando a Clayburgh se adelantó, mostrando la jeringuilla con su correspondiente hipodérmica que llevaba en la diestra. El coronel pasó a espaldas del falso general, incrustándole el cañón del arma prácticamente en el interior de la nuca.

—Procure estarse quieto... y colaborar —le amenazó.

El menda se encogió de hombros, en el bien entendido de que resultaba absurdo y poco práctico seguir manteniendo igual postura que hasta entonces.

—De acuerdo —suspiró. Y mirando al rubio y temperamental agente del gobierno, quiso saber—: ¿Cómo lo has averiguado?

—Morley —fue la respuesta escueta.

—Eso no es cierto, Leif. Ese tipo no ha hablado; Se juega mucho...

—¿Y quién ha dicho que Morley ha hablado? —había ironía en el interrogante de Wagner. Agregó—: Se ha puesto nervioso, más de lo que estaba, cuando le he dicho que había tenido un cambio de impresiones contigo esta mañana. Se ha interesado con insistencia por el hecho de si te había notado algo... *extraño*, ¿sabes? En principio me ha sonado a una incongruencia más de las muchas que ya había pronunciado, pero enseguida...: soy muy listo, ¿sabes?, he comprendido que su interés tenía... digamos *una razón de ser*. La razón, a la vista está.

—Pierdes el tiempo con la inyección.

—¿Vas a salirme con el cuento de que te han preparado para «rechazar» el suero?

—¡No! Se trata simplemente de que no sé nada.

—Eso es un plagio, grandullón. Hace muchos años lo dijo Séneca.

—En su caso no sé —el tipo se permitió también los sarcasmos —, pero en el mío es muy cierto. Me propusieron este trabajo porque mis características físicas tenían mucho en común con Maxwell. El precio era bueno... y como en el fondo soy un actor frustrado, ¡acepté! Me hicieron empollar la vida y milagros de Foster, me explicaron una y otra vez hasta cómo se ponía para hacer pipí. Y lo he hecho bastante bien, ¿no creen?

—¿Va a seguir escuchándolo, Wagner? —intervino Clayburgh.

Leif sonrió.

—Es interesante saber hasta dónde está dispuesto a llegar para evitar que le pinchemos.

—Eso es todo —dijo el falso Maxwell, interpretando como pregunta las últimas palabras del rubio.

—Pues yo, personalmente, pienso que puedes decir muchas más cosas. ¡Adelante con el pinchazo!

El que hasta entonces había ocupado la plaza y personalidad del general, dio un paso adelante, seguido por el coronel y su pistola cuyo cañón no se apartó un milímetro de la nuca de aquél, para mirar a Leif Wagner con expresión temerosa y suplicante.

—¡Por favor! —exclamó, con acento contrito. Matizando—. Yo no pertenezco a todo este tinglado del espionaje ¡te lo juro! Soy un

tipo que está realizando un trabajo...

—Muy poco digno...

—... Por dinero. Todo lo que he dicho es la verdad. ¡Es cuanto sé!

—¿A qué le temes entonces? —preguntó Leif. Respondiendo él mismo—. La droga no podrá arrancarte las verdades que ignores. Eso está claro, ¿no?

—¡Sí, sí! —Estaba excitado—. Pero he leído en alguna parte que a veces se inyecta a los espías con sustancias que al entrar en contacto con el penthotal..., producen la muerte.

—Es cierto —sonrió Wagner fríamente—. No creo que sea tu caso. ¿Para qué iban a inyectarte si no tienes nada que decir?

—Cuando me operaron de estética para convertir mi rostro en el de Foster Maxwell, estuve muchas horas en el quirófano. ¡Qué sé yo lo que hicieron conmigo!

—Es un riesgo, sí. Pero lo aceptaste, ¿no? Ha llegado el momento de enfrentarte a las consecuencias y de saber si te inocularon esa sustancia. Como comprenderás, yo no puedo fiarme de lo que digas. En realidad, no sé si dices verdad o mentira.

—¡He dicho la verdad! ¡Te lo juro!

En aquel preciso instante sonó la campanilla del teléfono.

Fue el propio Wagner quién se precipitó hacia el aparato, descolgándolo.

—¿Sí...? Habla Leif Wagner.

Al otro lado, escuchó una voz de mujer.

CAPÍTULO IX

Hizo buenas migas con una de las camareras del *snack* adyacente al edificio que se ubicaba en George Washington Street, 649.

Le dijo que estaba realizando una encuesta sobre los movimientos feministas. —¡Todo se queda en agua de borrajas!— exclamó la otra—. Yo, chica, he acabado por no creer en nada. Pancartas, sentadas, manifestaciones... ¿y qué? ¡El falo sigue imponiendo su autoridad! No somos más que un simple producto dentro de la sociedad de consumo que nos ha tocado vivir. ¡Créeme, amiga!

Ira, parpadeó, como aturdida.

—¿De verdad lo ves tan negro?

—¡Mucho más! Mientras tengamos la debilidad de dejarnos tocar el culo por los hombres, ¡estamos perdidas!

—Tú..., ¿te dejas?

—Verás... —Los ojos le dieron vueltas en el interior de las órbitas—. Los hay que hacen maravillas. ¿Para qué engañarnos?

—Es cuestión de opiniones, ¿no te parece?

La camarera la miró con incredulidad.

—¿A ti no te gusta?

—Bueno... —Ira Galloway sonrió confidencial—. Una también tiene su corazoncito. Eso mismo le he dicho a la muchacha que está en la centralita telefónica de la Mutuelle General Canadian de la Vie. Creo que viene por aquí con frecuencia...

—¿Te refieres a la mulata? ¿A Charlene?

—¡Sí! A Charlene.

—¿Qué le vas a contar a ésa? ¡Tiene un maromo que es *demasié*!

—¿Quieres decir..., un tipo que vive a su costa? —preguntó Ira, procurando no poner excesivo interés en el interrogante.

—Más o menos. Más bien más. Aunque Charlene se empeñe en

decir que es su novio... ¡se le llena la boca hablando de su «novio»! El fulano tiene una pinta de macarra que tira de espaldas. Aunque está bueno cantidad, ¡eso sí! Lo que te decía, ¿ves? Seguro que la pone ciega en la cama...

—¿Y lo mantiene con el simple sueldo de telefonista?

—¿Telefonista? ¡Qué va, mujer, qué va! Eso es sólo una tapadera —se soltó el pelo la camarera.

—¿Insinúas qué...?

—De puta, nada. Pero a juzgar por el rumbo que lleva, el coche, los perfumes, los modelitos... ¡Juraría que anda metida en algo de drogas!

—¿La has visto «fumar»?

—No. Pero... —La camarera, ahora, pareció mosquearse. Miró a Ira con atención—. ¡Oye, chica...! Tú no serás de la bofia, ¿eh?

Ira Galloway, con entereza y decisión, se inclinó más hacia la otra para murmurarle al oído:

—¿Hago cara de «eso»? ¿Eres capaz de guardarme un secreto?

Los ojos de la camarera se encendieron como ascuas.

—¿Lo dudas? Larga, chica, larga. Soy como una tumba.

—Mi hermano se envenenó por causa de Charlene.

Levantó las manos hasta la cabeza.

—¡Sopla! ¿Murió el pobre?

—No. Lo salvaron gracias a un rápido lavado de estómago. Pero está traumatizado.

Juré que Charlene me las pagaría.

—¿Y no te ha reconocido cuando has...?

—Nunca nos habíamos visto hasta hace unos minutos. He subido con el rollo de la encuesta, para conocerla. Pero el objetivo que me guiaba no he podido satisfacerlo.

—¿Cuál es ese objetivo..., cuál? —se interesó la otra, cada vez más intrigada por el relato de la morena—. Dime, mujer, dime, ¡a lo mejor puedo ayudarte!

—Me interesa saber dónde vive Charlene.

—¿Para qué?

—¡Para ir a su casa y pegarle la paliza del siglo! Sin testigos, ¿entiendes?

—¡Di que sí, chica! ¡Arráncale los pelos uno por uno! —Y se retorció las manos como si ella misma participara ya en la pelea—.

Has dicho que quieres su dirección, ¿no?

—Eso he dicho.

—Espera, amiga. Eso te lo voy a averiguar yo ahora mismo. Tengo mucha amistad con el conserje del edificio. Algún que otro refregón, ¿entiendes?

—¡Claro! —exclamó Ira, felicitándose mentalmente por su acierto.

La otra salió del mostrador, asegurando:

—Sólo tardo cinco minutos. Es ir y venir.

Fue.

Y regresó corriendo, roja, acalorada, brincándole los exhaustivos pechos dentro de la blusa a causa de la agitación. Dijo, de un golpe:

—490 de Midway Avenue. Está a tres manzanas de aquí.

—¡Gracias, amiga! —Ira la abrazó con verdadero afecto—. Nunca olvidaré tu buena acción.

—No olvides arrancarle unos cuantos cabellos de mi parte.

—Descuida.

Y se largó del *snack*.

Sonó, insistente, el timbre de la puerta.

Ira, un tanto nerviosa, escuchó el agudo taconeo de unos zapatos femeninos, al repiquetear contra el *parket*.

—¿Quién llama? —preguntaron al otro lado de la hoja.

—Me mandan de la agencia...

—¿Qué agencia?

—¿No es usted que ha pedido un «canguro» para esta noche?

Una tenue carcajada le llegó amortiguada por la madera.

—¡Todavía estoy encargando el niño! ¿Cómo quiere que necesite alguien que me lo cuide?

—Debe haber una equivocación —respondió Ira, con entereza—. Usted no es Marion Krane, ¿verdad?

—Verdad, querida. Me llamo Charlene...

—¡Vaya pues! Ya me han fastidiado bien. Oiga, Charlene, ¿querría hacerme un favor?

—¿De qué se trata?

—Dejarme telefonar. Sólo será un minuto. Tengo que confirmar exactamente las señas de la tal Marion...

Se abrió la puerta de par en par.

Charlene Hagman era mujer de una pieza. Mulata, sí. Con unas facciones tropicales, exóticas, entre las que destacaban sus labios carnosos. Y un cuerpazo excitante, pletórico, en el que bajo la bata se evidenciaba la altiva esbeltez de sus pechos cálidos y erguidos, la firmeza de sus muslos, quedando al descubierto casi totalmente la perfección torneada de sus piernas.

Ira no entendía mucho, pero tuvo que reconocer que los tíos debían andar de coronilla.

Y ella, según la camarera, andaba loca por su maromo.

—Pasa. El teléfono está en el *living*.

Ira entró. Cerrando la puerta ante la evidente extrañeza de la otra.

—¿Por...?

—*Análisis de sangre* —largó secamente, de un tirón.

A las mulatas se les nota bastante cuando se ponen blancas.

—¡Largo de aquí!

—Nada de eso, cara de chocolate. ¿Quiero saber quién es la persona a la que le pasas esas llamadas en clave?

Hizo un ademán agresivo.

Mal hecho, sí.

Porque Ira había aprendido muchas cosas de los enanos — siempre versión Leif— de la CIA.

La chica del gobierno fintó la teórica acometida de Charlene al tiempo que impulsaba la pierna derecha hacia delante haciendo impactar la puntera del zapato contra el vientre de la otra.

—¡Aaag! ¡Furcia de mierda!

—No soy ninguna furcia, pequeña —sonrió Ira, atrapando uno de los brazos de Charlene volteándolo a la espalda—. Acostarse por la pasta se queda para las tías como tú. A ver si esto te espabila...

Presionó el brazo, soltándolo de súbito, para empujarla con fuerza contra la pared.

Charlene se dio de boca contra el muro.

—¡Maldita sea tu casta! ¡Perra!

Ira la golpeó, contundente, en los riñones, con el filo de ambas manos.

—¡Aaag! ¡Para..., para ya!

Repitió el golpe.

—*Háblame de Análisis de sangre. Ya.*

—No sé nada... —Se apretaba contra la pared empapelada en azul, retorciéndose de dolor—. ¡Lo juro!

Los pies y las manos de Ira se movieron como veloces aspas de molino estrellándose consecutivamente en los flancos de la mulata, castigando con dureza y precisión los puntos claves de su anatomía.

—Me río de tus juramentos, pequeña golfa.

Y repitió los golpes.

Charlene se vino abajo, despatarrándose en el suelo.

—¡Vale..., pero no me pegues más! Te lo diré.

—Soy toda orejas. Adelante...

—Ignoro lo que significa *Análisis de sangre*. Pero...

—Pero tienes una consigna al respecto, ¿no?

—¡Sí..., sí! —gritó al ver que Ira, ominosa y agresiva, se inclinaba hacia ella—. Cuando llaman por teléfono y pronuncian esas palabras paso la comunicación a un supletorio instalado en el sótano del edificio.

—Ya. ¿Y qué tiene que ver la Mutuelle General Canadian de la Vie en ese tinglado?

—Tampoco lo sé con exactitud. La empresa es una tapadera, desde luego. La mayor parte de las veces estoy sola en la oficina. Casi nunca se producen llamadas..., digamos profesionales.

—Pero debes conocer a alguien, ¿no? ¿Quién te contrató?

La saliva pasaba con dificultad por el gaznate de Charlene a juzgar por cómo su nuez se proyectaba contra las paredes del cuello, visiblemente.

—A veces viene, un tipo que se hace llamar Erwin. Habla inglés con acento extranjero..., alemán creo. Fue Amos, mi... mi novio, quien me buscó este trabajo. El me presentó a la mujer. Una tía con mucha planta que dijo llamarse Elen... Sólo la he visto en tres o cuatro ocasiones. Me parece que es ella quien suele andar por el sótano, en compañía del tal Erwin.

—¿Has estado alguna vez en ese sótano?

—Nunca —respondió Charlene, resuelta.

—Pues vístete, porque vamos a ir ahora.

—¿Para qué? —interrogó la mulata, con sobresalto, muy abiertos sus grandotes ojos.

—Soy muy curiosa, cara de chocolate. Quiero saber lo que hay allí.

—Esa gente se llevan algo extraño entre manos... ¡puede matarnos si lo descubrimos!

Ira le dedicó una sonrisa glacial.

—Alguna vez hay que morir, ¿no te parece?

—¡Te he dicho lo que sé! —protestó Charlene.

—Y yo te he dicho que te vistas, porque vamos a ir allí. ¡Arriba, rápido!

Mascullando algo ininteligible, Charlene se puso en movimiento. Ira fue tras ella hasta el dormitorio para vigilarla mientras se vestía.

—No intentes ninguna bobada —la advirtió, mostrándole una pequeña automática, no menos eficaz por pequeña en aquel tipo de distancias cortas—, porque sería la última que harías, ¿entendido?

En aquel momento se escuchó el girar de un llavín en la cerradura. La Galloway, puesta en guardia al instante, se acercó rápidamente a Charlene murmurando en su oído:

—¿Esperabas a tu..., amigo?

—Sí, sí... —balbució.

—Bien. Déjalo que llegue hasta aquí sin pronunciar la más leve exclamación o te meteré una bala en los sesos.

La vio asentir con ojos temerosos, mirando por el rabillo del ojo la proximidad del cañón de la automática.

Ira se fue hacia la puerta para buscar protección tras la hoja de madera sin dejar, por ello, de tener encañonada a la mulata.

—¡Cariño! ¡Uhú! —se oyó exclamar a una voz masculina—. ¿Estás ahí, mi vida?

Era el maromo.

Ira le hizo un gesto significativo a Charlene. Y ésta:

—¡Sí, amor! Estoy aquí, en el dormitorio...

—¡Vaya! Tantas ganas tienes de que yo...

El menda asomó por la jamba y se detuvo, quedando encuadrado en ella.

—Hola, Amos.

—Hola, querida. Cada día me parecen más hermosos tus pechos, tus ojos, y esa cosita...

—¡Cuidado, Amos! —gritó, de improviso, Charlene—. ¡Detrás de la puerta!

Pero la Galloway había aprendido muchas cosas, sí, de los enanos de la Central.

Empujó violentamente la puerta hacia delante estrellándola en las fauces del grandullón, que soltó una obscenidad al recibir el doloroso y violento impacto.

—¡La madre que te parió!

Y echaba sangre, copiosamente, por la nariz.

Ira, resuelta, se le plantó delante y disparó la puntera de su zapato derecho contra los genitales del hombre.

—¡Abajo el machismo, querido! —exclamó, burlona.

Y cuando el llamado Amos se inclinaba como consecuencia del brutal impacto en sus partes nobles, la rodilla de Ira salió al encuentro de su cara ancha y angulosa, estrellándose en mitad de la boca y echándolo atrás, con más sangre, más dolor y menos ánimos de soltar tacos.

—¡Maldita pécora! —bramó Charlene a espaldas de Ira a la vez que saltaba sobre ésta como una pantera—. ¡Te voy a sacar los ojos!

La chica del gobierno hizo un quiebro de película eludiendo la andanada de Charlene y la mulata, al no encontrar el cuerpo de su enemiga donde estaba, salió como una exhalación por la puerta, tropicando con la caída naturaleza del enorme Amos para acabar estrellándose contra la mesita ratona del *living*.

—¡Fin de trayecto, mulata! —se burló Ira, que había ido tras ella, pegándole un puntapié en las nalgas—. ¡Arriba!

Los ojos de Charlene despedían chispazos de odio.

—¡Algún día te mataré, puerca! —Escupió con rabia.

Ira le acercó el cañón del arma hasta el entrecejo.

—Mientras ese día llega, pendón..., haz lo que te diga o te voy a meter más plomo del que te cabe en el cuerpo. ¡Muévete!

Y ella se fue hacia atrás para descolgar, rasgándolas de un tirón, las cortinas que cubrían el amplio ventanal del *living*. Tirándolas a la cara de Charlene, dijo:

—Ata y amordaza a tu..., querido amigo. Y procura hacerlo a conciencia porque ya me estoy poniendo nerviosa.

Y de súbito, apretó el gatillo.

¡BANG!

El proyectil silbó a dos centímetros escasos de la sien derecha de Charlene, quien pegó un espectacular brinco, creyéndose muerta, sintiendo la sangre helarse en sus venas.

La Galloway soltó una estridente pero helada carcajada.

—Es el último aviso, cara de chocolate. ¡Haz lo que te he dicho!

Ahora, sí. Ahora, con la experiencia de aquel disparo, Charlen obedeció con premura, convirtiendo a su maromo en un auténtico paquete dispuesto a ser facturado por vía férrea.

Después, siempre bajo la atenta mirada de Ira Galloway, se vistió como ésta le había ordenado.

Cinco minutos después salían del apartamento.

Después de bajar por las estrechas escalerillas metálicas que desde el ángulo interior izquierdo del vestíbulo, descendían hasta un pasillo subterráneo, Charlene, trémula y nerviosa, señaló una de las tres puertas que se abrían en el corredor, diciendo:

—Creo que es ésta..., la que da al sótano.

Ira, empujándola con el cañón de la pistola metido en las costillas, anunció:

—Pues sigue adelante, muchacha. No te detengas.

—¿Cómo piensas abrir? —inquirió la mulata, evidentemente asustada, en baldío intento de perder tiempo.

—No te preocupes por eso..., tú sigue.

Una vez en las inmediaciones de la puerta que había indicado Charlene, la otra le dijo:

—Levanta las manos y pégate al muro. Si pestañeas, ¡te frío!

Hizo lo que le decían mientras Ira, con un juego de ganzúas plegables que había extraído de un estuche extraplano que llevaba en el bolsillo trasero de los *blue jeans*, maniobró en la cerradura. Tras varios chasquidos infructuosos, al fin consiguió abrirla.

—¡Qué oscuro está esto! —exclamó Y atrapando a Charlene por la ropa la empujó hacia el sótano—. ¡Adentro, hermana! Tú primero...

—¡No se ve nada!

Ira recorrió a tientas la pared buscando un conmutador eléctrico.

—¡Menos mal! —dijo, al dar con él. Y le dio vuelta, inundándose de luz lo que parecía ser otro largo y estrecho pasillo. Empujó a Charlene con el cañón del arma—. ¡Venga, mujer, no seas timorata!

—¡Nos matarán!

—¡Ca, querida! Eso son figuraciones tuyas.

Al terminarse el pasillo había una especie de claro cuadrangular

y otro corredor a la izquierda, con puertas.

—Veremos lo que hay aquí... —anunció Ira.

Una de las puertas se abrió bruscamente y apareció un fulano llevando una escopeta de cañones recortados. No demostró excesiva sorpresa por la presencia, teóricamente inesperada, de las dos mujeres. Pero sí alzó la mortífera arma, conminándolas:

—¡Quietas, chicas! Ni un parpadeo si queréis seguir disfrutando de la vida.

—¡No dispare! —bramó Charlene con patetismo—. ¡Es ella la culpable! ¡Ella me ha traído por la fuerza! ¡Yo soy la telefonista de...!

—Lo sé, lo sé —la tranquilizó el menda—. Y no tienes nada que temer, morena. Apártate para que vea bien a la otra preciosidad.

La mulata se aplastó literalmente sobre la pared de la izquierda, ansiosa de que Ira quedase, de lleno, en la trayectoria de los cañones de la enorme escopeta.

Pero la chica del gobierno, deseando mentalmente —vaya cosas de pensar en aquel crítico momento—, que más de uno, uno en concreto, la hubiera visto, reaccionó como una centella.

Empujando a Charlene hacia delante y dejándose caer ella en tierra al tiempo que el cañón de su pistola se elevaba apretando el gatillo por dos veces consecutivas.

¡BANG! ¡BANG!

Los disparos restallaron dentro del corredor como auténticos cañonazos de vibrante eco que, rebotando de una a otra pared se rompió en mil agudos pedazos.

—¡Maldic...!

El fulano no esperaba aquello. Y menos que los dos balazos le taladrasen el pecho proyectándolo hacia atrás con mortal violencia, con macabro estrépito, haciendo que su espalda golpease brutalmente en la pared, que sus brazos se fuesen arriba, abajo... Una contracción le llevó a presionar el gatillo cuando el brazo derecho caía.

¡¡BOOOOOOM!!

Fue como una descarga cerrada de artillería.

—¡¡¡NOOOOOOOO!!!

El bramido de Charlene al recibir en mitad del rostro la estremecedora y bestial andanada de plomo, fue sencillamente

escalofriante y cobró, si cabe, mayor resonancia que la propia descarga.

Convertida su faz en una horrible máscara sangrienta dio vueltas y más vueltas contorsionándose con patetismo impresionante, yendo a estrellarse en la pared y resbalando sus manos por ella en baldío intento de clavar allí las uñas, de retener contra el panel granítico e insensible la vida que se le escapaba.

Ira estaba impresionada. Tenía el rostro demudado y la expresión vacía.

—¡Santo Dios! —exclamó al tiempo que se incorporaba, llevándose una mano a la cara.

—¡Eh, Sáquenme de aquí! —Escuchó, al punto, una voz masculina proveniente del otro lado de una de las puertas—. ¡Por favor! ¿Quién está ahí ahora?

Se orientó hasta la puerta de donde procedían los gritos, inquiriendo:

—¿Quién es usted?

—¡El general Foster Maxwell!

—¡Vaya por Dios! ¡Apártese de la puerta, general! Voy a disparar contra la cerradura...

—¡Ya puede!

Treinta segundos después, el general Maxwell, abrazaba a Ira Galloway.

—¡Gracias! ¡Gracias! Y ahora, por favor, ayúdame a buscar a mi esposa Stefanie... La tienen prisionera en una de estas habitaciones.

CAPÍTULO X

Al otro lado, escuchó una voz de mujer.

—Sí.

—Soy Ira Galloway, la novata.

—¡Déjate de tonterías! ¿Qué ocurre?

—Me encuentro en una cabina del aeropuerto..., en compañía del general Maxwell y de su esposa Stefanie. ¿Puedes enviar el helicóptero a que nos recoja?

—Ira... ¿quieres repetir eso, despacio, muy despacio?

El rubio se había quedado de una pieza. Y los ojos verdes parecían colarse por el auricular buscando recorrer el trecho que los distanciaba de Ira para comprobar, «personalmente», si aquello era cierto.

Hasta el coronel Clayburgh, viendo su extraña expresión, le preguntó:

—¿Qué ocurre, Leif?

—Creo que me he vuelto loco.

Y al otro lado del cable escuchó una voz seca, grave, masculina, que le decía:

—Soy Foster Maxwell, Wagner. ¿Va a venir o no ese helicóptero?

—¡Enseguida, general!

Y colgó. Volviéndose hacia Humphrey Clayburgh para explicarle lo que estaba ocurriendo.

—¡Parece imposible! —exclamó, atónito, el jefe de los Servicios de Seguridad.

—Parece... —musitó Leif. Y reaccionando al fin, dijo—: Que metan a esa desgracia entre rejas —se refería al falso Foster Maxwell—. Y ordene que se proceda a la detención inmediata de Dirk Morley, coronel —añadió—. Yo voy a recoger al verdadero Maxwell y a las dos mujeres.

—¡De acuerdo, Wagner!

Stefanie Owens era preciosa.

Era..., ¿era?, el amor de su vida.

Ella le abrazó sin preocuparle demasiado la presencia de su marido.

—¡Leif!

—Stefanie...

Ira y Foster se miraron. Dijo la muchacha:

—¿Cree que podremos vivir tranquilos, general?

—Sin duda —afirmó el general—. Esta pareja ya se han acostumbrado a amarse..., platónicamente.

—Es un consuelo —murmuró Ira.

Wagner, soltando a Stefanie, se encaró con Maxwell.

—Tiene buen aspecto, general. Parece que lo han tratado bien, ¿no?

—Sí..., en realidad, sí. Pero creo que eso hubiera durado poco. Ayer me amenazaron con torturarme y si me seguía negando a hablar dijeron que violarían a Stefanie en mi presencia. ¡Ira ha llegado justo a tiempo! ¡Como una bendición!

—A mí —dijo la hermosa Stefanie—, hasta el momento, me habían respetado. Pero que pretendían violarme en presencia de Foster si él no hablaba, es cierto. Y si no era suficiente con eso, me habrían torturado. ¡Todo ha sido como una terrible pesadilla...!

—Que gracias a esta pareja ha terminado felizmente —concluyó el general.

—El éxito es única y exclusivamente de Ira —puntualizó Leif.

—¡Ya empezamos! —se quejó ella.

—¿Y si nos fuésemos para la base? —volvió a intervenir el militar.

Subieron a bordo del helicóptero.

Una vez en aquel lugar perdido en lo alto, a casi dos mil metros de altura, y una vez también Foster Maxwell hubo recibido los plácemes y felicitaciones de Clayburgh, Leif decidió que el general y su esposa tendrían mucho que decirse.

Les dejaron acomodados en su *bungalow* regresando al helipuerto en compañía del coronel.

—¿Por qué no pasan la noche aquí? —inquirió Clayburgh. Ira

musitó al oído de Leif:

—Es buena idea. Nunca he hecho el amor en una base secreta.

—Estás muy inspirada, muñeca —susurró a su vez. Y mirando al jefe de los Servicios de Seguridad, repuso—: Aceptamos.

Les fue asignado un *bungalow* cercano al que ocupaban Maxwell y Stefanie.

—Te veo extraño, Leif.

—Todo ha sido muy fácil, Ira.

—¿Qué quieres decir?

—Hay algo que no encaja. Parece como si al verse perdidos nos hubieran facilitado el camino.

—¡Vaya! ¿Pensarías igual de haber dado tú con Foster y Stefanie?

—¡Ira! ¿Qué insinúas? ¡Naturalmente que pensaría lo mismo!

—Bien. ¿Adónde vas a parar?

Se pellizcó la barbilla.

—No lo sé. Esa gente lo tenían previsto, sí. Al no conseguir eliminarnos lo han puesto fácil para... ¡YA LO ENTIENDO!

La exclamación estalló en su garganta.

—¡Leif! ¿Quieres decirme con exactitud lo que pasa?

—Dentro de unos minutos, pequeña.

Y salió del *bungalow* como una exhalación.

CAPÍTULO XI

Foster Maxwell besó apasionadamente los labios de Stefanie.

Estrechándola contra su cuerpo con manifiesta vehemencia.

—¡Te quiero tanto! —exclamó.

—Lo sé, Foster —repuso ella, zafándose con disimulo a las efusiones de su marido.

—¿No te desnudas, Stefanie?

—¿Por qué tanta prisa, Foster?

—Es que... ¡es que tengo hambre de ti! Si me hubieran violado en tu presencia... —dijo ella, de pronto—, ¿qué habrías hecho?

El militar se llevó las dos manos al rostro.

—¡Por Dios, Stefanie! ¡No digas eso! Ya pasó todo. ¡Olvidalo!

—Una mujer siempre gusta de saber lo que su marido es capaz de hacer por...

—¡Calla! Te lo suplico... —Se movió nerviosamente el general—. ¡No lo sé! ¡No sé lo que hubiera hecho!

Stefanie detuvo la mano junto a la botonadura superior del ceñido vestido.

—¿Quieres decir que habrías permitido que me profanase un cerdo cualquiera...?

—¡NO! —Tralló Foster.

—¿Hubieses confesado la ubicación de esas bases?

Foster Maxwell estaba congestionado.

—¿Es que te quieres complacer torturándome, Stefanie? En lugar de...

—¡Eres un estúpido, Foster! ¡Un viejo estúpido!

Los ojos del militar se agrandaron.

Tanto por los inesperados insultos de su esposa, de una Stefanie que parecía ser una Stefanie muy distinta a la que él conocía, como por la pistola que había surgido del escote de la hembra, como por arte de birlibirloque, y que ella empuñaba con decisión y hosco

rictus en su semblante.

—¡Stefanie...! ¡Pero! ¿Qué te ocurre?

—Nunca se te ha ocurrido pensar por qué me casé contigo, ¿verdad? ¡Imbécil decrepito! ¡Ni para la cama vales! ¿No te pasó por la imaginación que una mujer como yo busca en el hombre algo más que seguridad? Nuestro matrimonio era la base de una operación que ha estropeado Leif Wagner... ¡Si lo hubiesen matado en Berlín! Lo hubiera sentido porque es el único HOMBRE-HOMBRE que he conocido en mi vida, pero...

—¿Estás diciendo que tú...? —Foster Maxwell no era capaz de salir de su asombro.

Estaba estupefacto. Atontado.

—Sí, yo. Yo soy la cabeza rectora, aquí, de la operación *Análisis de sangre*. ¿Quieres que te lo cuente, estúpido engreído?

El militar se derrumbó encima del lecho.

—¡Dios santo! —sollozó, abatido—. ¡No puede ser! ¡Me he vuelto loco!

Stefanie Owens, con expresión perversa, soltó una carcajada glacial, casi insultante.

—Temía que si Wagner era asignado a este asunto acabase por comprender demasiadas cosas, la primera, que nuestro matrimonio no encajaba como tal y que, forzosamente, tenía una finalidad determinada. Yo me había cubierto bien, pero frente a su sagacidad, le conozco, no se me antojaba suficiente. Fingí mi supuesto rapto precisamente porque si las cosas iban mal nadie sospecharía de mí y me quedaría esta última oportunidad para arrancarte el secretó de la ubicación de esas malditas rampas de lanzamiento. Porque ahora vas a decírmelo, Foster. ¡Ahora!, o acabaré contigo...

—¡He estado amando a una espía! —exclamó, desolado.

—¿Es todo lo que se te ocurre?

—¡No lo entiendo, no! —Siguió desesperándose. Para añadir—: ¿Cómo puedes ser tan cruel, Stefanie?

—Soy ambiciosa, Foster. Tú no puedes darme nada que yo no sea capaz de conseguir por mí misma. Al lado de Leif aprendí muchas cosas. ¡Yo planeé todo esto! ¿Entiendes? La gente para la que yo trabajo se limitó a retener en Polonia a la hija del doctor Morley para que yo pudiera obligarle a trabajar con nosotros. Pero fallaron estrepitosamente quienes se encargaron de eliminar a Leif,

y eso dio al traste con la operación. ¡Y yo lo había advertido! Wagner era el único que podía estropearlo.

—¡Maldita traidora! No consentiré...

—Si das un paso, te acribillo —tralló ella, ominosa—. Lo tengo todo perdido, Foster. Y te llevaré por delante Tu única salvación estriba en revelarme el lugar donde van a ser instaladas esas bases de lanzamiento de misiles de largo alcance.

—¡No serás capaz!

—¡Ah!, ¿no? —rugió ella.

Un primer proyectil, ahogado su estrépito por el silenciador del arma, se alojó en la pierna derecha del militar.

—¡Eres una...! —se retorció dolorosamente.

—¿Dónde están esas bases..., o dónde estarán en su momento, Foster? ¡Habla o acabo contigo!

La puerta del dormitorio se abrió bruscamente.

—¡Basta ya, Stefanie!

Ella se revolvió, oprimiendo el gatillo.

Leif Wagner hubo de trazar un escorzo para eludir el proyectil.

Y envió dos, rápidos, secos, al encuentro del exuberante cuerpo de Stefanie Owens.

—¡Tú...! ¿Por qué tú, precis...?

Se dobló hacia delante luego de trastabillar como una ebria, dejando escapar el arma de entre sus dedos.

—¡NOOO! —estalló, sollozante, Foster Maxwell.

El hombre del gobierno, sin emoción, fríamente, anunció:

—Era inevitable, general.

Maxwell, que había intentado incorporarse para ir hacia el lugar donde se había desplomado la hermosa y pérfida Stefanie, cayó de nuevo contra la cama a causa del dolor que le producía la bala incrustada en su pierna.

—Sí... —murmuró al fin, tratando de hacerse a la cruel realidad. Exclamando—: ¡No puedo creerlo!

—Ni yo lo creía, pese a sospecharlo, hasta hace unos instantes.

—¿Por qué ella, Leif, por qué?

—Eso, Maxwell, nunca lo sabremos. Puede que fuera ambiciosa, muy ambiciosa, como le ha dicho. Y muy inteligente también. La operación estaba magníficamente planeada. ¿Quién iba a sospechar de Stefanie, cuando en teoría era la víctima..., el instrumento de

que debían servirse nuestros enemigos para obligarle a hablar a usted?

—¡Estoy desolado!

—Lo comprendo, Maxwell. Pero pasará.

—¿Cómo voy a explicar esto a los de Washington? ¿Cómo, Leif?

—Tiene una fácil explicación. Usted, después de todo lo sucedido, nervioso y preocupado todavía, estaba repasando una de sus pistolas cuando ésta, desgraciada y accidentalmente, se ha disparado. Stefanie estaba junto a usted y...

—La autopsia demostrará que esa bala no salió de mi...

—Yo me encargaré de eso, general. Ahora, si le parece, avisaremos a Clayburgh. Hay que poner en orden este asunto cuanto antes. No es necesario que controle sus emociones, porque los demás no sabrán las verdaderas causas. Foster, de veras lo siento. Pero piense que lo verdaderamente importante es su dignidad como hombre y como militar...

—¡No puedo evitar quererla, Leif!

—Si promete guardarme el secreto le diré que también yo la amaba.

—¡Pero usted tiene a Ira!

—Eso es cierto. Puede que también la ame...

—Pero no lo suficiente —se había colado en la estancia la morena del cabello corto.

—Si me das la oportunidad de que lo intente... ¿Por qué me has seguido?

—Porque quizá yo sí te quiero, ¿no te has parado a pensarlo?

—Sí, por supuesto. Por eso te estoy pidiendo una oportunidad.

—Concedida. ¿Aviso a Clayburgh?

—No —negó Leif—. Nosotros no teníamos por qué estar aquí. Hágalo usted, general.

—¿Y el balazo de mi pierna?

—Producto del nerviosismo, general. Al dispararse el arma la primera vez usted se ha asustado, produciendo un segundo disparo...

Clayburgh no será muy... digamos exigente. También me ocuparé de ello.

—Estoy acabado —se lamentó el militar.

—Se lo parece ahora, Maxwell. Dentro de un tiempo no pensará

igual.

—Es posible...

Wagner le ayudó a llegar hasta el teléfono. Cuando se hubo comunicado con Clayburgh, dijo el rubio:

—Ahora le dejamos. Ya nos avisarán. Y tranquilo, ¿eh?

—Lo procuraré.

Una vez fuera, Ira dijo:

—Te sientes muy abatido, ¿verdad?

—Es un sentimiento momentáneo. Hubiera preferido que fuese otro el ejecutor de Stefanie.

—¿Tanto la amabas?

—Empiezo a tener las ideas muy confusas al respecto. Lo que sí tengo claro es que en cuanto deje este asunto listo y a Maxwell fuera de cualquier posible responsabilidad, me marchó. Regreso a Baltimore. Aunque te parezca absurdo me espera un brillante porvenir como abogado.

—¿Y si vuelven los enanos de la CIA?

—Lo sentiré por ellos.

—¿Tienes secretaria, abogado Wagner?

La miró con expresiva sonrisa.

—Contrátame. Me he acostumbrado a trabajar contigo y...

—¿Te sería igual que te contratase como esposa?

—No. Confórmate con una secretaria. Lo otro vendrá cuando estés seguro de lo que sientes.

—Por ti, algo muy fuerte. Eso sí lo sé.

—No tengo prisa, Leif.

—¿No tienes prisa?

—No —afirmó Ira de nuevo.

—Entonces, ¿por qué no hacemos...?

—¡Hagámoslo!

El coronel Clayburgh, excitado, fue a interrumpirles cuando lo estaban haciendo.

FIN



9 788402 025135

01715



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Se refiere a la Central Intelligence Agency (CIA). (N. del A.).

< <

[2] Siglas que resumen: Comunidad Económica Europea. (N. del A.).
< <

[3] Periódico soviético; órgano del Partido Comunista y portavoz de la dirección soviética. (N. del A.). < <